

Procesos de construcción de movimientos con identidad de género: las organizaciones de mujeres en Putumayo, Medellín y Barrancabermeja.

Alexandra Fierro Morales*

Las organizaciones de mujeres en Colombia hacen parte de un espectro cada vez más amplio de organizaciones de la “sociedad civil” que buscan hacer visible el conflicto armado y hacen propuestas para una salida negociada. La mayoría de estas organizaciones surge en la década del noventa, como respuesta a nuevas condiciones tanto internas como externas¹. Muchas de ellas actúan como ONG’s financiadas por gobiernos extranjeros y las más grandes tienen puntos focales en varios lugares del país. Estas organizaciones de mujeres buscan enfocar la atención sobre los efectos de este conflicto armado sobre la vida de las mujeres, denunciando las acciones violentas cometidas por cualquiera de los actores armados, así como el impacto que tiene sobre sus vidas el hecho de estar en zonas de conflicto armado.

El conflicto armado colombiano² podría entenderse como una guerra endémica, demasiado compleja. Hay tres agentes, a los que por lo general se les designa en singular, a pesar de la diversidad de posiciones y de grupos que los componen: la guerrilla, los paramilitares y los estatales: fuerzas armadas y policía. Estas tres fuerzas a veces no son fácilmente distinguibles. Se ha demostrado la relación entre Paramilitares y Ejército, así como un reciente discurso político del “oficialismo Paramilitar” que supuestamente alega reivindicaciones sociales que se acercan a los postulados con los que surgieron en la década del 60 las guerrillas. La guerrilla de las FARC, dejó hace mucho de ser guerrilla para convertirse en un ejército regular y en un momento llegó a tener control territorial sobre vastas zonas del país, en las que actuaba como Estado. Otro elemento común a estas fuerzas y que ha permitido su consolidación económica y a la vez su descomposición, es el negocio del narcotráfico, que oficialmente ha sido negada por ser un elemento de deslegitimación política, pero es imposible ocultar que esta economía a permitido su crecimiento.

Después del proceso de paz con las FARC llevado a cabo durante el gobierno Pastrana (1998-2002) y el rompimiento de los diálogos³ se profundizó el proceso de deslegitimación de la guerrilla. Esta fue fruto tanto de sus acciones indiscriminadas en las que la población civil era la mayor víctima –bombas en sitios como bares, lanzamiento de cilindros bomba contra estaciones policiales en pueblos en los que esta construcción se encuentra en el centro urbano, secuestros- como de la construcción de un discurso oficial difundido por todos los medios de comunicación en el que se hacía a la guerrilla el foco generador de todos los problemas del país. De forma paralela se inició un proceso de legitimación del discurso paramilitar, en cabeza de Carlos Castaño, la primera cara visible de las AUC, construyendo un personaje público digno de simpatía.

En Agosto de 2002 llega al poder Álvaro Uribe Vélez⁴, con un discurso guerrillerista que prometía acabar la guerrilla con “mano firme”. Todas las condiciones eran propicias para su elección y la ayuda de los medios de comunicación fue fundamental. Durante su gobierno se ha debilitado la

guerrilla, pero su política de “seguridad democrática” ha creado mucha polémica por atentar contra principios fundamentales e involucrar a la población civil en el conflicto. Que se haya debilitado la guerrilla no quiere decir que el Estado haya asumido el control territorial. El mapa colombiano está cada vez más controlado por el paramilitarismo, que le ha quitado a la guerrilla varios de sus fortines históricos y que ha dado lugar a desplazamientos masivos de la población en zonas de disputa. Todas las regiones del país han sufrido esta situación, pero cabe resaltar cómo ciertas zonas que involucran megaproyectos económicos han sido paramilitarizadas en su totalidad y la mayoría de su población desplazada⁵.

A finales de 2003 se inició un proceso de paz con las AUC que ha tenido como resultado la desmovilización de varios de sus bloques, en un proceso bastante cuestionado por haberse hecho a la carrera, sin claridad en términos de las condenas aplicables –especialmente en los casos de delitos atroces- y con la sombra de la impunidad. Además, varios de los comandantes están pedidos en extradición por narcotráfico, lo que ha hecho que este proceso de paz sea visto con mucha sospecha.

Estas condiciones de violencia marcan de manera definitiva las acciones políticas y sociales que tienen lugar en el país. El ejercicio de la ciudadanía y el derecho tanto a la organización como a la oposición política ha sido reprimido sistemáticamente⁶. Las organizaciones de mujeres no han escapado a este fenómeno. Muchas de sus integrantes han sido amenazadas y asesinadas o exiliadas, sus sedes han sido allanadas o destruidas. Para la población en general es difícil ejercer la ciudadanía, a pesar de que en la Constitución Nacional, Colombia se proclama un Estado Social de Derecho. Pero la presencia de las armas es la que dicta los mandatos a seguir. Esto se da especialmente en las zonas periféricas, rurales y urbanas. Pero para las mujeres es aún más difícil, por los efectos que han tenido las construcciones de género sobre la forma de entender y ubicar su papel en la sociedad, con la dificultad de aceptar su presencia en la esfera pública y por ser consideradas por los agentes del conflicto como botín de guerra.

En el año 2002 cinco grandes organizaciones de mujeres unieron sus esfuerzos -La Mesa Nacional de Concertación, La Organización Femenina Popular, la Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz, la Ruta Pacífica de las Mujeres y la Red Nacional de Mujeres- para hacer una movilización de mujeres sin precedentes. Más de 30.000 mujeres marcharon por la ciudad de Bogotá exigiendo el fin de la guerra. Esto le dio visibilidad política al movimiento de mujeres y mostró su fortaleza organizativa.

Esta marcha motivó mi interés por ver de cerca las organizaciones que habían logrado hacer este evento. Este artículo se enfoca en cuatro⁷ organizaciones de mujeres: La Organización Femenina Popular, en adelante OFP, la Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz, en adelante IMP, la Ruta Pacífica de las Mujeres –la Ruta- y la Red Nacional de Mujeres y en tres espacios territoriales: Putumayo, Medellín y Barrancabermeja. El artículo busca: mostrar la relación territorio- violencia- organización; las diferentes trayectorias, tanto de las agentes como de las propias organizaciones; ver la estructura y la orientación del trabajo de cada organización; describir los procesos personales relacionados con la pertenencia a la Organización y, por último, explorar el campo de las organizaciones, a través de la articulación de las diferentes iniciativas en eventos importantes para el movimiento de mujeres como la movilización de julio de 2002.

Los lineamientos de mi proyecto inicial fueron diferentes a los que desarrollo en el artículo, aunque no opuestos. Coinciden en mi preocupación por entender las dinámicas de las organizaciones de mujeres, a las que venía siguiéndoles la pista desde hace varios años, pero a diferencia de lo que había propuesto no me enfoqué en dos grandes eventos de incidencia nacional -la Marcha Nacional contra la guerra y la Constituyente Emancipatoria de Mujeres, realizados en el año 2002- que pretendían un análisis de las organizaciones a un nivel macro.

Mi objetivo principal era hacer un análisis político. Este punto resultó sumamente problemático por dos razones: se trataba de organizaciones, pero las organizaciones estaban compuestas por personas con diferentes visiones dependiendo de sus trayectorias personales y por pequeñas organizaciones locales. Lograr conjugar lo local y lo nacional, lo privado y lo público se convirtió en un reto. En este artículo pretendo hacerlo, mostrando las diferentes condiciones en que se han formado las 4 organizaciones y sus apuestas políticas, así como los procesos personales de quienes hacen parte de cada organización, indagando también por la forma en que las organizaciones hacen presencia en los espacios locales y la forma en que se articulan tanto a nivel nacional, como con las otras organizaciones de mujeres y otros agentes sociales. Esta investigación es exploratoria por muchas razones. La primera es que hay pocos trabajos realizados desde la academia sobre las organizaciones de mujeres. Casi toda la literatura que se encuentra sobre el tema ha sido producida por integrantes de las mismas organizaciones. Sin pretender demeritar su trabajo, estas presentan una visión más desde dentro. La segunda fue que no encontré ningún ejercicio comparativo profundo. La última fue la falta de análisis regionales, exceptuando el caso de Barrancabermeja.

En este artículo son las voces locales, las dinámicas territoriales, las que guían el análisis. El giro responde a la importancia que otorgaron las mujeres entrevistadas a su relación con el territorio, a su visión micro de lo político, a la fuerza con que se manifiesta en su cotidianidad, a los cambios profundos que ha traído a su vida y a toda su comunidad este proceso organizativo de mujeres.

El material con el que realicé la investigación, además del recogido durante los dos eventos en el 2002, es el resultado de la visita realizada al departamento de Putumayo y las ciudades de Medellín y Barrancabermeja. Todas las mujeres que entrevisté durante mi trabajo son líderes. Para una mujer de sectores rurales o populares pertenecer a una “organización de mujeres” no es nada fácil. Muchas han tenido que escoger entre la vida familiar y el trabajo con la organización porque sus maridos no las dejan ir a las reuniones, porque en todas las organizaciones se empieza a crear una conciencia de género que impide que las cosas se sigan haciendo de la misma manera trayendo inestabilidad y problemas en lo doméstico. Entonces definir el concepto de liderazgo en términos de posiciones o cargos ocupados al interior de las estructuras resulta un asunto muy problemático. Prefiero hablar de mujeres líderes-intelectuales locales, en términos de las definiciones de Warren y Feierman: “los intelectuales locales pueden carecer de credenciales formales, pero son reconocidos como productores de conocimiento confiable e intérpretes de la realidad social”. Los intelectuales campesinos, según Feierman “organizan movimientos políticos para mejorar sus condiciones de vida y alcanzar justicia social, de acuerdo a la definición que hacen de ésta. Crean un nuevo discurso político.” (Tomadas de Ramírez, M: 2001:24)

La escritura del artículo final fue un aspecto muy importante para la reflexión investigativa. Surgieron muchos cuestionamientos durante este proceso, que tienen que ver con el dejar oír las voces subalternas. Entendí que el crecimiento profesional no sólo es ampliar o adquirir conocimiento. Para mí es aún más importante la capacidad de cuestionar la forma de construirlo y el papel que uno como investigadora cumple en su producción. Creo que gran parte de la validez de mi papel como socióloga está en llegar a los relatos, en buscar las personas claves, en generar cuestionamientos para que sean ellas quienes analicen. Es la apuesta por dar la voz realmente, no por tratar de traducirla y que esta traducción sea la forma de darle validez –o darme validez-.

Mi propósito inicial era que a través de los testimonios se pudieran descubrir las diferencias entre organizaciones, las diferentes trayectorias de vida, las diferentes apuestas políticas. Era una apuesta epistemológica en la que mi papel como investigadora fuera un canal que permitiera poner a dialogar diferentes sujetos, valorando así su forma de producir conocimiento. Finalmente en este artículo busqué un equilibrio entre mis análisis personales y los análisis de las mujeres.

Por todos sus comentarios agradezco especialmente a Ricardo Spaltenberg -mi tutor- y a las profesoras Socorro Ramírez y Luz Gabriela Arango. Quiero agradecer también a todas las mujeres su colaboración, especialmente a Marlenee, Lidia, Maura, Juliana y Patricia por todo el tiempo y el cariño que me dieron; a Christian y a Camilo por ayudarme con la redacción.

El texto está compuesto por tres grandes apartes: el primero, titulado **Territorios de bonanza, territorios de violencia, zonas de disputa**, busca contextualizar las dinámicas regionales de Putumayo, Medellín y Barrancabermeja y plantear una situación paradójica: la dificultad de ejercer ciudadanía en situaciones de violencia armada y la presencia por parte de las organizaciones de mujeres. El segundo, **Procesos de consolidación de las organizaciones de mujeres**, muestra los procesos organizativos tanto nacionales como locales con sus diferencias y convergencias. El tercero **La Marcha de mujeres de 2002** toma este evento realizado en conjunto para analizar las formas de articulación de las diferentes iniciativas y las dificultades que se generan en esta articulación, derivadas de las dificultades con el poder. Por último en **¿La unidad como utopía colectiva?** se muestran las posiciones de las líderes frente a la unificación en un movimiento social de mujeres.

Territorios de bonanza, territorios de violencia, zonas de disputa.

“El carácter exclusivo de nuestro régimen político ha colocado a un amplio grupo de individuos por fuera de un orden normativo *legítimamente* estatuido, generando una dinámica permanente de marginalización social que será un factor determinante en la configuración social, política y espacial del país”

Manuel Alonso

MAPA 1

La relación con el territorio ocupado como factor dinamizador tanto de la guerra como de la conformación de movimientos sociales es paradójica y determinante. Putumayo, Medellín y Barrancabermeja han sido escenarios de bonanzas económicas recientes -en las dos primeras las de la economía de la coca y en la última por el petróleo- y de la violencia y de la descomposición social resultado de ellas. También de los cambios de poder y la lucha por consolidarse por parte de las guerrillas y de los paramilitares.

- **Putumayo**

MAPA 2

La región del Putumayo hace parte de la amazonía occidental. Históricamente marginada, con poca presencia del Estado ha sido zona de bonanzas: quina y tagua a finales del siglo XIX, oro, caucho, en la primera mitad del siglo XX, petróleo en la década del sesenta y coca desde finales de la década del setenta. Su situación geográfica estratégica -por ser fronteriza conecta fácilmente con Perú y Bolivia, países proveedores de hoja y pasta de coca, y por estar apartada del centro del país- favoreció el auge del negocio de la cocaína, que permitió el flujo de cantidades extraordinarias de dinero. Toda su economía estuvo totalmente dedicada a la cocaína. Sembrar, raspar o “trabajar en las cocinas” -laboratorios- eran oficios comunes para todos y todas. Son pocos los/las habitantes que pueden decir que no han estado vinculados de algún modo al negocio.

Desde 1994 se intensificaron las fumigaciones aéreas por parte del gobierno para erradicar los cultivos de coca, sin éxito. Estas generaron la movilización de miles de campesinos en contra de una política antidrogas confundida por los militares con una contrainsurgente, por el control que ejercen las FARC sobre el negocio. Surge entonces el movimiento cocalero que en 1996 organiza una movilización para protestar por la política antidrogas y para reivindicar sus derechos como ciudadanos. (Ramírez, M. 2001). Sus pobladores tienen un doble estigma: son colaboradores de la guerrilla y por su actividad económica están por fuera de la ley. Entra en juego nuevamente el tema de la ciudadanía del que se hará un análisis más detallado en la confluencia de los tres casos. Sus pobladores no son considerados por el Estado central ciudadanos y ellos mismos no se consideran como tales, por el abandono histórico al que han sido sometidos. La exclusión trae consigo mecanismos de perpetuación.

Aparte de las acciones coercitivas han existido intentos estatales de generar otras opciones económicas de producción agrícola o ganadera, pero han fracasado por la poca competitividad en el mercado de estos productos y por la dificultad de articularlos al mercado nacional.

Hasta la primera mitad de la década del noventa el departamento fue controlado casi totalmente por la guerrilla de las FARC –Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia- que cumplía las labores de Estado, hasta que empezaron las incursiones de grupos paramilitares. Hoy controlan los cascos urbanos importantes y el negocio de la cocaína, que les permite su consolidación. Sin embargo, la guerrilla no deja de tener presencia, ya que controla las zonas veredales y continuamente decreta paros armados, que implican la inmovilidad de los y las habitantes.

En el municipio de Puerto Caicedo, foco del estudio, gran parte de la población estaba cansada de los abusos de la guerrilla, que a pesar de luchar contra el Estado oficial tenía sus mismos vicios: cobraba muchos impuestos, invertía poco en la población, alentaba la economía ilegal, presionaba la realización de los paros campesinos. Un hecho marcó una ruptura profunda: Aunque nunca se lo atribuyeron públicamente, el cura párroco de Puerto Caicedo Alcides Jiménez Chicangana fue asesinado en el año de 1996, cuando ellos controlaban todo lo que pasaba en el municipio. El padre Alcides era muy querido por todos y todas las habitantes de la región por su trabajo social, que llevó a la organización de múltiples sectores: indígenas, campesinos y el que compete a este estudio: las mujeres. Muchos de los proyectos presentados eran financiados por organismos y fundaciones internacionales, con las que el padre tenía excelentes relaciones. De ahí la necesidad de que se consolidaran y se registraran legalmente para recibir los aportes. El padre se volvió una piedra en el zapato para la guerrilla por sus sermones durante la misa, que invitaban a los campesinos a dejar el monocultivo de la coca y volver a una producción agrícola variada, a no pagar impuestos por su trabajo y a organizarse de manera autónoma. Fue asesinado mientras oficiaba misa de cinco de la tarde. La gente no le perdonó este asesinato a las FARC. Desde 1998 los paramilitares empezaron a tomar el control. Se afirma que en enero de 1999 “entraron treinta buses de los grandes con paramilitares, cada uno con cuarenta hombres, alrededor de 1200 hombres que llegaron a Puerto Caicedo” (Ramírez, M. 2001: 271)

El cambio de poder se logro con la tortura y asesinato de muchas personas: era el precio que se pagaba por no estar con ellos. En una región controlada por más de 20 años por la guerrilla todos eran presuntos culpables. El desplazamiento y la sumisión por el miedo de quienes se quedaron fueron también sus armas. Además, tomaron el control del negocio de la droga, pues esos eran los poderes que imponían la ley: los guerrilleros y los mafiosos. Controlar el río Putumayo, el medio de comunicación más importante, fue el golpe de gracia. Nadie se mueve por el río sin su permiso.

Ahora hay presencia de policía, ejército y soldados campesinos. Una mujer define la situación así: “no podemos decir que estamos peor ni que estamos mejor, yo creo que estamos igual” (Entrevista, 2004). Para la gente acostumbrada a vivir bajo la ley de las armas sean de guerrilleros o paramilitares, no hay un cambio en sus vidas. Derecha o izquierda, legales o ilegales, la situación de miedo, sometimiento y represión es impuesta de la misma forma por todos.

Este es un relato de una mujer de la comunidad indígena Paez que llegó al Putumayo a buscar opciones económicas:

“Yo llegué aquí en el 97, vine antes en el 85, en esos momentos todavía no había tanta coca. Yo me devolví rápido porque mis hijos se enfermaron mucho. Cuando volví las cosas habían cambiado demasiado. La gente había cambiado mucho, como que tenían otra formación, ya ellos hablaban de plata, los niños no querían ir a las escuelas, sino que querían era meterse a las fincas a raspar coca para tener su propio dinero y las madres no eran las mismas, yo me

encontré con otras personas. El cambio fue brutal, la sociedad no era igual que antes. Le toca a uno acogerse acá.

Yo me vine para acá a buscar trabajo, una hermana me dijo que el jornal era mejor pagado y que había trabajo en las fincas, yo tenía todos mis hijos en el bachillerato y me tocaba responder por todos, entonces me vine para acá. Todas las cosas empezaron a subir demasiado, antes la gente sembraba y producía, sus huevos, sus pollos, sus frutas, su plátano. Ya los hombres, encontré demasiado machismo, los hombres del campo -Yo llegué a primero a Puerto Asís porque una comadre tenía negocios y me dijo que fuera a trabajar con ella. Ella tenía dos bares, pero a mi ese trabajo no me gusta. Ella me dijo: eso hágale al trabajo, que lo que toca es conseguir la plata. Yo no estaba acostumbrada a esos ambientes- Los hombres eran muy indecentes, muy atrevidos. Yo le dije mejor póngame un puesto de fritanga, porque a mi eso de que le vengan a tocar a uno las nalgas eso a mi no me gusta, yo me di cuenta de muchas cosas, una vez me puse a hablar con un señor porque yo vi que la pobre señora con 5 hijos lo vino a buscar al otro día y el hombre permaneció con esas señoras que ella tenía trabajando ahí tres días, y el señor contentísimo sacaba rollos de plata y les gastaba lo que querían. Y la mujer llegaba el día lunes a buscarlo y ya no tenía ni un peso en el bolsillo y de ahí vino mucha violencia en la familia. Aquí traían muchas niñas de otros lados a trabajar a la Hormiga, a Orito, a Puerto Asís. El hombre dejaba su esposa en la finca y se iba a gastarse la plata en los bares.

Aquí se veían cosas muy duras, como llegaba gente de otros lados, los que tenían mucha tierra le decían mire yo le doy tantas hectáreas y usted lo arregla, yo le pongo todo, semillas y todo. Y cuando ya las matas empezaban a dar entonces los dueños de las fincas cogían al pobre trabajador y lo mataban y lo enterraban en las mismas fincas y se quedaban ellos con los cicales.

Con una amiga yo conocí el proceso de la coca, yo la empecé a elaborar y eso me dio para educar a mis hijos, pero eso a veces lo lleva a uno a seguir buscando la plata, y entonces como se dice uno se pone a trabajar y trabajar, si uno tiene hoy quiere tener mañana, hasta que eso lo lleva a uno a una cárcel, a dejar mis hijos solos. Yo duré 15 meses en la cárcel por ley 30, yo estaba pasándole una mercancía a una amiga, ella me pagaba por eso 200.000 pesos y me cogieron, llevaba como 700 gramos. Eso es muy duro para uno como madre, porque uno cuando no ha dejado a sus hijos solos a uno le provoca como morir. Eso fue una enseñanza, yo les doy a las jóvenes mi ejemplo. Yo siempre lo he dado como ejemplo, cuando tengo talleres con mis compañeras en los cabildos, que si es bueno trabajar la coca, pero no sólo quedarse con este trabajo, darles otra visión a nuestros hijos. Yo lo hice por los niños, para que pudieran formarse, porque de empleada del servicio no me alcanzaba, pero la coca me mandó pa' la cárcel y yo salí con otra visión. Cuando salí yo pensé en apropiarme de mi ser indígena y yo dije si mi padre es un médico tradicional, un *te'wala*, y si la gente va donde él y él los cura, cómo va a ser que dejemos perder el conocimiento de mi viejito. Gracias a Dios con eso he logrado salir adelante y con el apoyo de mis hijos". (Líder indígena, entrevista 2004)

- **Medellín**

MAPA 3

Medellín es la segunda capital de importancia del país, conocida por haber tenido una de las tasas de violencia más altas del mundo "En 16 años (1984-2000) alrededor de 63 mil personas han sido asesinadas en esta ciudad" (Ramos, L. 2002: 306). Ha sido también una ciudad con un fuerte arraigo de los valores católicos tradicionales, que plantean unos papeles para hombres y mujeres muy inscritos en la lógica patriarcal.

Es claro que la situación de violencia profunda y permanente ha afectado es a los sectores populares. La historia de violencias generalizada tiene su primer momento con el auge del narcotráfico. En Colombia la aceptación del enriquecimiento rápido es favorecida por dos condiciones: las relaciones económicas capitalistas y la acumulación económica como valor social, sin importar como se consigue, sin existir un proceso atravesado por el desarrollo productivo, la creación de infraestructura, el conocimiento científico, el consumo, el Derecho Público y la seguridad. El valor económico social de la acumulación se conoció sólo en el consumo, la adquisición material, el ascenso social, siendo esta la base para que existiera una alta propensión a enriquecerse, así fuera por la vía de lo delictivo. Las clases populares de Medellín y de toda la región antioqueña entraron al negocio dada su fácil condición de acceso: no exigía capital previo. Además la existencia de un complejo cultural que da un gran valor al enriquecimiento, formado desde muy temprano en las relaciones de intercambio económico capitalista, han hecho de esta región una zona industrial por excelencia. Esta fue la combinación perfecta para su consolidación. (Ramos, 2002)

Las nuevas generaciones que fueron producto de también nuevas condiciones sociales –migrantes rurales sin opciones económicas, sociales, ni culturales, que se hacinaron en sectores subnormales- “experimentaron entonces una extrema cercanía a la necesidad, a lo cual se sumaban unas formas de violencia intrafamiliar bastante agresivas (...) así como la condición de un mundo social aparte, autocontenido, tanto en lo urbano como en lo normativo y homogéneos por la base en términos ocupacionales. En estas condiciones, las estructuras primarias de comportamiento unidas al desafío y el honor, la venganza, la agresión y la supremacía no encuentran mediaciones que las repriman o encaucen transformándolas. La simultánea acción del valor de la prosperidad llenaba el cuadro de mayor tensión, que necesariamente ha de explotar en algún extremo”. (Ramos, L. 2002: 313)

Durante los setentas y ochentas, “en la ciudad se presentaron algunos hechos aislados de los grupos insurgentes, pero más bajo la forma de apoyo logístico a sus acciones rurales. Se desarrolla y consolida el sicariato y las acciones del narcotráfico. Aparecen grupos anti-subversivos y de “justicia privada” como el MAS (Muerte a Secuestradores), creado por los narcotraficantes [en retaliación por el secuestro de una de las hermanas de un capo importante] y oficiales de la Fuerza Pública” (Revista Noche y Niebla, separata No 2). Se mantienen las prácticas de “limpieza social”. “Limpiar es un verbo que se ha conjugado con mucha frecuencia en Medellín durante la última década. Nunca se sabrá cuántos supuestos delincuentes han sido ejecutados sumariamente por escuadrones de la muerte, las propias bandas de sicarios y diversas formas de autodefensa” (Salazar, A, 2002: 22)

El narcotráfico permeó todos los estamentos de la sociedad y del Estado. “Muchos ricos y pobres se complacieron con la posibilidad de los ingresos fáciles, y los guardianes del orden sucumbieron ante la misma tentación.” (Salazar, A. 2002: 64). Fue así como el narcotráfico ganó amplias bases sociales y legitimidad, apoyado en programas como “Medellín sin Tugurios” [financiado por Pablo Escobar, que dio vivienda a los sectores más pobres]. (Angarita, P, 2002, citado en Revista Noche y Niebla, separata No 2). El terrorismo, los “ajustes de cuentas”, la cultura de la ilegalidad y del dinero fácil, con amplia aceptación social y una perversa tolerancia estatal fueron las manifestaciones de esta situación.

Después, entre las décadas del 80 y los 90, la nota sobresaliente la constituye la respuesta de sectores de la sociedad frente al florecimiento de bandas en los barrios y al auge del sicariato vinculado al narcotráfico y al consumo de drogas, así como a la ausencia del Estado. “Estos jóvenes sumamente agresivos, antisociales y agrupados en bandas exhibieron no sólo una violencia que asegurara su actividad delictiva, sino que se impusieron sobre todos los pobladores de los barrios populares, que perseguían todavía formas de integración con el otro mundo social y

entre sí mismos, lo cual trajo sangrientas competencias por la supremacía con otras bandas, que significaron el sometimiento de barrios y zonas enteras, y por consiguiente, la posibilidad de exacción de sus pobladores” (Ramos, L. 2002: 315)

Para combatir la situación aparecen los milicianos “se impusieron nuevas normas: se prohíbe matar, robar y distribuir droga dentro de los barrios” (Salazar, A, 2002, 20). Los habitantes de muchos barrios volvieron a la “tranquilidad”, gracias a esta nueva “justicia” privada.

Las milicias del ELN (Ejército de Liberación Nacional) y las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) se asentaron en los vecindarios de la Comuna 13. Bajo lemas como “por la defensa de los intereses comunitarios”, estas milicias desplazaron a las bandas y combos de delincuencia común. Dicho desplazamiento se dio mediante asesinatos, amenazas, adhesión y cooptación de sus integrantes. Una vez obtenido el control de la Comuna, las milicias impusieron su autoridad y orden, reemplazando en varios campos a la autoridad estatal. Las milicias se constituyeron, igualmente, en defensoras de los pobladores, ante los intentos del Estado por desalojarlos, bajo el principio de la legalidad de los asentamientos. “Por allá no se veía un policía para nada, para nada, no se veía un policía nunca, nunca, un problema que usted tuviera con un vecino ellos (las milicias) lo arreglaban, un papá que no quería ver por un hijo, ellos lo arreglaban, de buena manera, con conciliación y con diálogo” recuerdan pobladores de la Comuna. (Entrevista con Pobladores. Banco de Datos de Derechos Humanos y Violencia Política, Noviembre-Diciembre 2002, tomado de Revista Noche y Niebla).

“Pero el orden miliciano era débil porque las estructuras sociales y de comportamiento continuaron siendo las mismas, y pronto se reactivaron las luchas por la supremacía entre los grupos. Algunas milicias y sus integrantes se transformaron en cosas parecidas a las bandas, y la intervención errática de una organización armada como la insurgencia sólo parcialmente ha sostenido un orden normativo entre algunas poblaciones, que en cualquier momento pierde porque no soluciona tensiones profundas y porque está compuesta de los mismos pobladores de estos barrios y de toda su carga estructural” (Ramos, L. 2002: 316).

A principios de la década del noventa, como producto de acuerdos de paz con los más destacados grupos, se produce un descenso de las milicias, “al lado de una creciente presencia urbana de los grupos insurgentes de carácter nacional y un incipiente asomo de los grupos paramilitares”. (Entrevista con Pobladores. Banco de Datos de Derechos Humanos y Violencia Política, Noviembre-Diciembre 2002 Tomado de revista Noche y Niebla). A partir de 1995, se inicia el proceso de rearticulación de las organizaciones vinculadas al narcotráfico y al comercio ilícito de armas. Se desarrollan las ACCU (Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá) y posteriormente la coordinación de todos los grupos paramilitares con la sigla de las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia), bajo cuya dirección realizan acciones urbanas puntuales apoyándose en las bandas armadas barriales, particularmente “La Terraza” y otras similares. En 1997 las Autodefensas empiezan a disputar el territorio con las milicias. (Asamblea permanente, 2004) Dan golpes a personas y supuestas entidades de la insurgencia y así aumentan su presencia barrial desde el 98 hasta hoy. Luego, se consolidan con fuerte presencia armada urbana con el llamado “Bloque Metro”. (Revista Noche y Niebla, separata No 2)

Con el inicio de los tratados de paz en el gobierno del Presidente Pastrana 1998-2002, la guerrilla se replegó a las áreas rurales, mientras que los paramilitares ocuparon los centros urbanos de las principales ciudades del país. Con la ruptura del proceso de paz, los grupos paramilitares consolidaron su arremetida en la ciudad de Medellín, ingresando en cuatro comunas de la ciudad: la Nororiental, la Centro Oriental, la Noroccidental y La Centro Occidental o Comuna 13.

Para el año 2002 los paramilitares habían logrado la cooptación y/o articulación de la mayoría de las agrupaciones armadas ilegales y desarrollado “importantes combates con las diferentes facciones de la insurgencia (CAP⁸, Milicias Bolivarianas, ELN) obligándolos a suspender sus propios enfrentamientos internos para pactar una “alianza anti-paramilitar”. Pero, al mismo tiempo, las noticias informaban de escisiones al interior de los “paras”. En Medellín hubo enfrentamientos armados entre el “Bloque Metro” y el “Frente Cacique Nutibara”. (Entrevista con Pobladores. Banco de Datos de Derechos Humanos y Violencia Política, Noviembre-Diciembre 2002. Tomado de Revista Noche y Niebla, separata No 2) Luego de las disputas “en 2003 podría decirse que el 85% de la ciudad está en manos del Cacique Nutibara” (Asamblea permanente por la paz y los derechos humanos, 2004, 92).

Estos datos permiten afirmar que Medellín actualmente presenta un fenómeno poco conocido en las ciudades importantes del país: el conflicto armado urbano. “Cabe señalar que sólo en la Comuna 13 de Medellín la Secretaría de Gobierno de Antioquia registró 442 muertes violentas entre combatientes y civiles entre el 1º de enero y el 9 de octubre de 2002. Esto representa un aumento superior al 100% en relación con 2001”. (Informe ONU, 2003).

A finales del año 2002 se llevó a cabo la operación Orión por parte de la fuerza pública sobre los barrios que componen la Comuna 13, con el fin de recuperar el control territorial del Estado y brindar “protección a los habitantes”. Según resultados de las investigaciones del Banco de Datos de Derechos Humanos y Violencia Política y del Cinep “lo sucedido en la Comuna 13, fue la aplicación de un modelo de agresión criminal contra la comunidad. No se trató estrictamente de una guerra entre dos bandos, sino que se pusieron a prueba estrategias y modalidades de arrasamiento del tejido social y comunitario por la vía de la fuerza (militar y jurídica) para, finalmente, imponer el control social e implantar en el territorio comunal la presencia de un Estado Paramilitar”. (Revista Noche y Niebla, separata No 2)

En noviembre de 2003 después de una negociación entre el gobierno de Álvaro Uribe Vélez y el grupo paramilitar Bloque Cacique Nutibara se desmovilizaron 855 integrantes, en un acto “público” transmitido por televisión. Este ha sido un proceso muy cuestionado por el afán con que se hizo, el desconocimiento de lo que realmente se estaba negociando y el reconocimiento de estatus político a este grupo armado que es prácticamente otro brazo del Estado.

“En el momento actual, la lucha por la supremacía en las zonas populares de la ciudad se ha configurado definitivamente como un enfrentamiento de nivel externo. En otras palabras, los pobladores se han alistado en las organizaciones armadas que pretenden transformar el orden social de la nación, bien sea revolucionaria, conservadoramente, o en extrañas combinaciones de ambos horizontes ideológicos. Cualquiera que sea el carácter predominante de los enfrentamientos, no modificará las condiciones culturales expuestas previamente, simplemente habrán más muertos” (Ramos, L. 2002: 316).

Esta es la visión de una mujer de la Ruta sobre el conflicto armado en Medellín

“Se presentaban balaceras, combates en los barrios, de una cuadra a otra, la gente se tenía que meter debajo de las camas, muchas personas murieron por supuestas balas perdidas, porque cuando se vivió la crudeza del conflicto armado se utilizaron armas de largo alcance y un arma de este tipo en una ciudad superpoblada...

Ahora el conflicto se expresa de otra manera. Si bien ya no hay combates tampoco es cierto lo que se ha presentado al país a partir de la negociación con el Bloque Cacique Nutibara se ha querido presentar que en Medellín ya no pasa nada y que es una ciudad posconflicto. Yo quiero aprovechar para decir que Medellín está muy lejos de ser una ciudad posconflicto. En Medellín esos señores que supuestamente se entregaron siguen teniendo el control territorial de los barrios,

siguen exigiendo, lo dicen las mujeres de la Ruta de los barrios populares- que si un familiar las va a visitar y que no es del barrio tienen que pasar la lista con el nombre y con el número de cédula para que estos señores los dejen entrar al barrio. Decir quién es, que es mi primo que me va a venir a visitar tal día a tal hora. Eso es una expresión que estamos lejos de construir una ciudad posconflicto. Estos actores que supuestamente ya dejaron las armas siguen ejerciendo control en las organizaciones sociales y comunitarias. Hay una reciente denuncia y es que en el mes de abril de este año hubo elecciones para conformar las Juntas de Acción Comunal y tenemos denuncias de cómo estos señores empezaron a hacer presión para que las personas de los distintos barrios votaran por sus representantes”. (Entrevista 2004)

- **Barrancabermeja**

MAPA 4

Barrancabermeja se ubica en la región conocida como el Magdalena Medio, por su ubicación con relación al Río Magdalena, el más importante de Colombia. En esta ciudad se encuentra el enclave petrolero más grande del país.

Barrancabermeja fue cuna de la izquierda legal alrededor de la navegación por el río Magdalena y de la economía del petróleo. Existe una gran variedad de organizaciones sociales y populares y es casa de la Unión Sindical Obrera –USO- uno de los sindicatos más importantes del país. Fue también cuna de las guerrillas, en especial el Ejército de Liberación Nacional -ELN- pero también las FARC y el Ejército Popular de Liberación –EPL- que sentaron bases de apoyo en esta ciudad.

El auge del petróleo atrajo importantes flujos migratorios, pero desde 1940 fue también punto de llegada para los desplazados de diferentes zonas violentas del país, colonos despojados de sus tierras en la década del 70 se sumaron a las olas migratorias y permitieron la consolidación de la guerrilla, como respuesta al desdén que manifestaba el Estado legal a sus problemas. Muchos de los dueños de las grandes haciendas del Magdalena Medio son oficiales retirados de las fuerzas armadas, y a partir de la década del 80 los narcotraficantes adquieren grandes latifundios. Esta situación dio lugar a la creación de grupos paramilitares que empezaron a “ejercer un amplio dominio territorial apoyados en masacres indiscriminadas contra la población campesina, intimidación constante, torturas, desapariciones, etcétera” (Vieco, 1995: 43).

A pesar de controlar grandes zonas del Magdalena Medio, Barranca parecía ser inmune al poder paramilitar, por su tradición de izquierda tanto democrática como ilegal, pero poco a poco la ciudad se fue convirtiendo en un campo de batalla entre los paramilitares que ya se habían apoderado de sus alrededores y una guerrilla ahogada, sin conexión con las áreas rurales. A partir de 1998, pero sobre todo en el segundo semestre del año 2000 los paramilitares iniciaron una ofensiva que terminó con la toma total del poder. En el medio estaba nuevamente la población. Numerosos simpatizantes y militantes del sindicalismo fueron asesinados, así como integrantes de las organizaciones populares. (Panorama actual de Barrancabermeja, 2001: 3)

El testimonio de Dora Guzmán, coordinadora del Sector Nor Oriente de la Organización Femenina Popular permite aclarar el nuevo clima de violencia que han tenido que enfrentar las organizaciones:

“Yo hace más de 15 años hago parte del proceso organizativo de la O.F.P. Ha sido un sector muy difícil porque las condiciones sociopolíticas del sector no nos han permitido hacer un trabajo como estamos acostumbradas a hacerlo. Últimamente los actores armados han estado haciendo parte en el sector y lo tienen muy dominado y por eso ha sido difícil consolidar un proceso organizativo bien grande. En Barrancabermeja están reinando ahora los paramilitares, a nosotras como organización ellos siempre nos ven como las guerrilleras, dicen que quien venga a la casa de la mujer es porque es guerrillera y puede ser muerto en cualquier momento. Esto intimida mucho a la población, pero no quiere decir que sea imposible. Hemos tenido que buscar muchas

estrategias para entrar en las comunidades y convencer a la gente que ellos no tienen la razón, que el pueblo tiene derecho a organizarse y a pensar diferente porque el problema con los actores armados es porque nosotras pensamos diferente a ellos. Ellos dicen que no está conmigo está contra mí. Nosotras hacemos denuncias públicas y llamamos a las cosas por su nombre. Lo que decimos en un lugar lo sostenemos en todos y eso ha hecho que ellos nos persigan mucho. Esta casa fue arrasada en una ocasión hace 2 años. Vinieron la tumbaron y se llevaron todo. La habíamos mandado desocupar porque la íbamos a mejorar y en un fin de semana la desaparecieron, la tumbaron y se llevaron todo, dejaron el terreno desocupado. Pero para nosotras no fue inconveniente para continuar, volvimos a reconstruir la sede y está siendo parte del oxígeno de las comunidades del sector.

Nosotras hemos venido en un proceso de 32 años creando la confianza dentro de las comunidades. Barranca entera nos conoce y la región también. Hemos creado ese sentido de pertenencia de la comunidad hacia la Organización Femenina Popular, hemos afianzado unos principios de civilidad y autonomía, que nos han ayudado a crear este sentido de resistencia frente a un actor armado que llega de la noche a la mañana a empoderarse, a decirle a las comunidades como tienen que actuar, a qué hora se tienen que acostar, como tienen que caminar. A nosotras no nos tienen que decir como actuar, porque nosotras tenemos nuestro propio liderazgo, nuestras propias maneras de pensar y las cosas se hacen como nosotras hemos decidido que se haga en conjunto con las comunidades. Las mujeres poco se han dejado involucrar con los actores armados. Las mujeres decimos: nosotras no hablamos con actores armados. Es un criterio que tenemos. Estos principios nos han dado la fortaleza de resistir a los distintos miedos que nos han impuesto. No partimos de reglas de ellos

Que seamos una organización de mujeres incide en que nosotras no manejamos las armas y nos hemos ganado un respeto, y también nos hemos ganado un apoyo internacional. No se si el hecho de ser mujeres sea una mirada débil para ellos. Nosotros hacemos valer esta especificidad de género. A nosotras nos ha tocado difícil, Nosotras hemos puesto la cara y hemos puesto el hombro. Porque a las mujeres nos toca muy difícil, y es que las mujeres utilizan el corazón y la razón para jugársela. Pero nos la hemos jugado, con miedo, con los temores que nos ha tocado enfrentar pero los hemos enfrentado con la frente muy en alto y con mucha dignidad. Hemos creado el valor de enfrentar las cosas. Porque las mujeres valemos mucho y ese valor no lo podemos dejar pisotear.

Una vez la policía estaba haciendo una requisita entonces nosotras les dijimos que si el problema eran las armas que nosotras no cargábamos armas, que nuestra única arma era la lengua. Entonces él nos dijo: esa es la arma más peligrosa que puede existir, el arma de la lengua porque hace “ochas y panochas”⁹, así, en esos términos. Pero si el problema es la lengua, si eso significa que nosotras hablemos, denunciemos, que tengamos como una posición clara en lo que hacemos... hemos defendido nuestro liderazgo con todos los elementos que hemos podido, menos con las armas” (Entrevista 2004)

Ciudadanía en cuestión, ciudadanías en construcción.

Los tres casos, a pesar de sus distancias geográficas y culturales, muestran un proceso de larga duración de diferentes violencias que confluyen en un control paramilitar en la última década. Un informe de la ONU hace explícita la relación entre paramilitarismo y Estado: “El control paramilitar es más fuerte en los cascos urbanos, donde es mayor la presencia de la fuerza pública y de las autoridades, lo que no deja de ser un elemento significativo en las denuncias de connivencia de servidores públicos con el paramilitarismo. (Informe 2003: 24)

La mayoría de las personas afectadas por estas violencias han sido de las periferias, tanto a nivel nacional como en el caso de las comunas de Medellín, la población pobre, habitantes de zonas

olvidadas por el Estado, en las que las guerrillas ejercieron poder. Todas las regiones presentan como común denominador una relación ambivalente con el Estado, que de la única forma que se ha manifestado es a través de la violencia, con el uso de la fuerza, generado desconfianza, más aún cuando es innegable la relación que han tenido las fuerzas militares con el surgimiento y la consolidación del paramilitarismo. Pero por otro lado es constante el reclamo, la exigencia de una mayor presencia del Estado en cada una de las regiones, que se les considere como ciudadanos.

La noción de ciudadanía parte de que los individuos tienen derecho y los pueden reclamar, del sentirse sujetos de derecho. Este punto es profundamente problemático: la periferia y sus habitantes siempre han sido estigmatizadas. Lo paradójico es que justamente por su condición de marginalidad los agentes ilegales han podido implantarse allí, pero esta condición de ilegalidad se vuelve el denominador común de todos sus habitantes, etiqueta que legitima el castigo militar, como lo único que pueden recibir del Estado, y su desconocimiento como sujetos de derecho. Es un espiral interminable de señalamientos que se sucede según sea el poder actuante. Pero lo que no cambia es la forma en que se manifiesta: la violencia generalizada contra la población.

Es en estas, y por estas condiciones de marginalidad que surgen procesos que reclaman, que impulsan la construcción de nuevas ciudadanía. Las organizaciones de mujeres que estudio se ubican dentro de estos procesos. Si hablamos de la dificultad de ejercer la ciudadanía para la población en general, el caso de las mujeres es aún más preocupante, por las construcciones culturales que sobre los géneros se han hecho y actúan en las mentes y se materializan en las acciones. Esa idea del ser femenino como inferior y dominable, como reservado para los espacios privados se rompe cuando las mujeres incursionan en lo político, cuando empiezan a identificarse en términos de una colectividad y la sororidad **■** empieza a hacer parte de sus vidas.

Estos procesos de autorreconocimiento como personas valiosas son a veces dolorosos y en ocasiones implican rupturas familiares. Muchos hombres no son capaces de asumir que “su mujer” sea protagonista, que su mujer exija. Profundos dilemas son planteados para estas mujeres, educadas para servir y obedecer al marido, quienes, ya conscientes de sus derechos, deben decidir entre la organización o su marido, entre el tradicional deber ser social –la familia- y el nuevo proyecto ofrecido por la organización. Es por eso que tantas veces se afirma entre los estudios feministas que lo privado es político, porque también las decisiones personales son las que rompen esquemas de dominación social.

Procesos de consolidación de las organizaciones de mujeres:

Las organizaciones nacionales presentes en las zonas de estudio, caracterización general.

La Ruta Pacífica de Mujeres.

Es un movimiento nacional compuesto por mujeres de diferentes procedencias: académicas, intelectuales, de sectores populares, quienes desde 1996 concentraron toda su capacidad de organización y movilización en la búsqueda de la paz. La Ruta Pacífica de las Mujeres actúa en la organización, movilización, visualización y denuncia del conflicto armado colombiano, y por la visibilización de los efectos de la guerra en la vida de las mujeres; busca interferir en las instancias decisorias políticas exigiendo un “basta ya de guerra”.

Participa activamente en la construcción de políticas de paz, aportando una propuesta de carácter pacifista, antimilitarista, desde la mirada de la mujer, basada en una construcción de una ética de la no violencia en la que la justicia, la paz, la equidad, la autonomía, la libertad y el reconocimiento de la otredad sean principios fundamentales.

“La apuesta política de la Ruta es una apuesta que se enmarca dentro de unos pilares muy concretos que son feminismos, pacifismos y resistencias. Esos son como los tres elementos que conforman nuestra apuesta política sobre la base de una postura feminista porque es necesario

deconstruir una serie de paradigmas patriarcales que establecen unas condiciones de dominación para las mujeres; pacifista en tanto es una apuesta no violenta, de reivindicar la necesidad de la lucha y de las acciones sociales mediante prácticas que no incorporen el uso de la violencia y de resistencia en la medida en que las mujeres han hecho acciones de resistencia frente a la guerra, que se pueden visibilizar a través de los plantones y de las movilizaciones.

Yo no te voy a decir que la Ruta es el escenario más democrático del mundo, tiene todas las dificultades de los procesos, pero hacemos un esfuerzo permanente porque el ejercicio de lo regional pueda visibilizarse en lo local y no tiene una estructura en la que lo nacional defina hacia abajo sino que son las regiones las que definen ese movimiento. Cada una de las regionales de la Ruta tiene una coordinadora, elegida entre los grupos que hacen parte de esa regional y esa coordinadora participa con las otras coordinadoras en una reunión en la que se toman las decisiones, acompañadas de una persona que hace la coordinación nacional de Ruta, que es quien organiza todo el desarrollo operativo de unas decisiones políticas que se toman en esa coordinación de todas las regionales. Eso hace que la construcción sea más colectiva, que las mujeres se sientan más apropiadas del proceso. (...) Hay regionales de la Ruta más cohesionadas, otras más débiles, la conformación de las Rutas es diferente. Mientras hay Rutas que tienen un porcentaje de mujeres jóvenes, universitarias, hay otras que se caracterizan más por tener mujeres del magisterio, dedicadas a la docencia. (...) La Ruta Bogotá tiene un alto componente de mujeres de sectores populares, en situación de desplazamiento, entonces eso nos marca ritmos diferentes. La Ruta tiene de bello toda esa diversidad que caracteriza nuestro país. (Ana Milena González, entrevista 2004)

“La Ruta se financia con apoyo de la cooperación internacional. Durante estos tres últimos años hemos tenido el apoyo de Suicol, que es el Programa Suizo para la Paz en Colombia, esa ha sido la financiación fundamental de la Ruta. En momento ha habido apoyos más puntuales, por ejemplo de UNIFEM, eso en términos nacionales. A su vez las regionales de la Ruta también pueden hacer gestiones para buscar otros recursos para acciones en lo regional” (Ana Milena González, entrevista 2004). Hay en La Ruta Pacifica más de 315 organizaciones de mujeres coordinadas en 9 regionales: Santander, Valle del Cauca, Risaralda, Cundinamarca, Putumayo, Antioquia, Chocó, Cauca y Cartagena. Ahora la Ruta tiene su sede principal en Medellín.

La Organización Femenina Popular -O.F.P.-

Es una organización de mujeres populares que nació como propuesta de la Iglesia Católica en 1972. Se convierte en organización autónoma en 1988. En 1995 extiende su trabajo en el Magdalena Medio con presencia en San Pablo, Cantagallo, Yondó y Puerto Wilches y a partir del 2001 amplía su cobertura a las ciudades de Bogotá, Neiva y Cartagena.

La OFP divide su trabajo en diferentes áreas: la de economía solidaria y seguridad alimentaria, “la idea es construir un circuito económico completo que integre todos los momentos de la producción y el consumo, también como estrategia para bajar costos. Es un proceso lento y difícil” (Yolanda Becerra, entrevista 2004). Formación, comunicación e investigación “Tenemos una escuela de liderazgo, con un equipo de 5 maestros, llevamos 2 semestres de trabajo con las mujeres” (Yolanda Becerra, entrevista 2004). Salud integral “hemos hecho énfasis en el área de salud de la mujer. Hemos encontrado cifras muy preocupantes, hicimos una campaña este año sobre el cáncer de mama y más del 15% de los exámenes que realizamos salieron positivos” (Yolanda Becerra 2004 Entrevista). Área juvenil “trabajamos lo cultural, talleres de danza, teatro, música, cerámica y trabajamos también con los colegios públicos” (Yolanda Becerra, entrevista 2004). Desplazamiento; área jurídica “trabaja violencia intrafamiliar y violencia sociopolítica con las mujeres y estamos construyendo una red de derechos humanos (Yolanda Becerra, entrevista 2004). Vivienda digna, “desarrollamos un proceso integral de autoconstrucción para darle acceso a las mujeres a la propiedad privada (Yolanda Becerra, entrevista 2004).

La autonomía, la civilidad y la resistencia son los principios básicos que orientan la OFP en sus áreas de trabajo. Para las mujeres de la OFP la construcción de un cambio político no puede darse a partir de las leyes, porque el Estado tiene un nivel de legitimidad muy bajo. Sus apuestas apuntan a crear desde lo cotidiano alternativas efectivas en lo económico, lo cultural, lo social. Reivindican su posición como movimiento de base y a partir de ése trabajo con las bases le dan sentido a su propuesta organizativa.

“En la estructura organizativa tenemos una asamblea, un equipo coordinador nacional con una representante de cada región, hay una junta directiva que funciona más que todo para asuntos legales y están los grupos de base. Los nombramientos de las coordinadoras se dan por las diferentes áreas y se ratifican por la asamblea. Los equipos regionales deciden lo más inmediato. Se hacen reuniones mensuales con el equipo regional. La reunión nacional se discuten estrategias, líneas generales, más decisiones macros y cada región, cada casa va teniendo autonomía, teniendo claras las estrategias generales y los principios. Nosotras aquí si somos muy radicales con los principios. Nosotras no hablamos con actores armados, Una vez en San Pablo los paramilitares hicieron una reunión y le dejaron razón a una compañera y a ella le dio mucho miedo y fue, entonces la decisión del equipo fue que ella no podía seguir, porque había violado un principio.(...) De resto es muy libre el desarrollo del trabajo, la ejecución del trabajo, porque entendemos que las regiones son distintas porque las condiciones políticas son distintas, así tengamos cosas en común son particulares y ahí hay una posibilidad de generar de crear de dinamizar, dependiendo de cada coordinadora que está en cada sitio. Aquí la que tiene título es igual a la que no tiene la primaria” (Yolanda Becerra, entrevista 2004).

También hay programas que se autofinancian como los comedores comunitarios. Otra es la ayuda de la cooperación internacional que financia proyectos en las áreas de trabajo y eventos, movilizaciones. “Nosotras hemos logrado construir redes internacionales muy fuertes, con las embajadas. Cuando nos asesinaron a la compañera Esperanza Amarís¹⁰, al otro día vinieron representantes de casi todas las embajadas a pedir explicaciones a las autoridades sobre los hechos. Con algunos funcionarios tenemos relaciones más fuertes y no sólo con organizaciones de mujeres, sino con organizaciones que trabajan derechos humanos, sindicalistas. Yo creo que eso es lo que nos tiene vivas, en el momento en que nos pellizcan todo el mundo pregunta grita, exige, pide, solicita, porque es que yo pienso que las ganas [de asesinarlas] ha existido todo el tiempo, porque es una organización que es una piedra en el zapato para mucha gente, no se acomoda, no se vende, no se deja cooptar, no se regala, no renuncia. Pero esas redes internacionales nos respaldan” (Yolanda Becerra, Entrevista, 2004).

La Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz -IMP-

Es un proyecto que surge en la “Primera Conferencia de Mujeres Colombianas por la Paz” en Estocolmo, Suecia, en noviembre de 2001. El evento fue iniciativa de las mujeres dirigentes de la Federación de Trabajadores de Suecia, ST y el Departamento de la Mujer de la Central Unitaria de Trabajadores CUT de Colombia, quienes convocaron a participar a las mujeres representantes de diversas organizaciones de Colombia.

IMP es una alianza de 25 organizaciones mixtas y de mujeres con trabajo de mujeres y de género. En este momento hay 4 regiones y 8 departamentos que aún no se han constituido como región por problemas geográficos y del conflicto armado pues hay espacios en que las representantes no se pueden reunir porque en el camino que las une están presentes distintos actores armados.

La realización de acciones políticas de movilización, negociación e interlocución con otras organizaciones de mujeres, organizaciones sociales, agentes políticos, diplomáticos y

gubernamentales y en los espacios de diálogo y negociación, tanto a nivel local, como regional y nacional constituyen los objetivos fundamentales de la IMP así como concretar y fortalecer alianzas estratégicas y el empoderamiento de las organizaciones que hacen parte de la alianza IMP en sus dinámicas locales y regionales.

Las organizaciones están representadas con sus delegadas en un equipo nacional, que se reúne aproximadamente cada tres o cuatro meses; el equipo a su vez elige unas delegadas regionales y unas sectoriales. El equipo de coordinación nacional le da la dirección política al proceso, define las acciones, define los espacios, los planteamientos. La comisión política de IMP se encarga de hacer los planteamientos políticos y busca representar tanto lo regional como lo sectorial. El equipo de facilitadoras es el otro gran componente, que se mueve por toda la estructura.

Cuando nació IMP las 25 organizaciones estuvieron en el equipo nacional. El año pasado hubo énfasis en lo municipal. Se hicieron alrededor de 70 eventos. En el 2004 vuelve a ser el proceso de abajo hacia arriba, ellas eligen en las regionales y llegan al espacio nacional. “La idea es bajar el trabajo a lo regional y a lo local y a su vez que eso vuelva y suba a enriquecer el equipo nacional” (Sol Gaitán, 2004, entrevista)

IMP es financiada por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional -ASDI-. La Central Unitaria de Trabajadores -CUT- es la organización que maneja el presupuesto a nivel nacional. “Ha tenido muy buen manejo, en el equipo nacional no hay una organización con la estructura que pueda garantizar la sostenibilidad y la eficiencia, en términos de auditorias y ese tipo de cosas. Pero las decisiones de cómo ejecutar el presupuesto se hace en el equipo nacional, siempre se hacen propuestas y se toman las decisiones entre todas” (Sol, 2004 Entrevista). El fuerte componente de mujeres líderes del sector sindical le da a IMP unas características políticas que han influido la forma como IMP concibe el trabajo organizativo, más buscando la incidencia en los espacios políticos tradicionales, en una actitud mucho más abierta al diálogo y la negociación con todos los sectores, esto se analizará más adelante.

La Red Nacional de Mujeres.

Nace en 1991 en el marco del proceso de reforma constitucional colombiana, a partir de la Red Nacional Mujer y la Constituyente conformada para hacer que la nueva Carta de Derechos incluyera las demandas de las mujeres. Lograda una parte de ellas, y con el fin de incidir en sus desarrollos legales e institucionales, la Red Nacional Mujer y Constituyente decide mantener una comunicación sistemática de las organizaciones y grupos participantes y adopta el nombre de Red Nacional de Mujeres.

La Red articula trece (13) redes regionales o locales que a su vez agrupan aproximadamente 80 grupos u organizaciones de mujeres. Las Redes regionales o locales son: Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Cali, Cartagena, Ibagué, Manizales, Medellín, Pereira, Popayán, Quibdó, San Andrés y Santa Marta. El punto de enlace nacional de la Red actualmente es la ONG Sisma Mujer con sede en la ciudad de Bogotá. En la actualidad, de los 13 puntos, en más del 50% de estos hay mujeres de la Red que participan en los concejos, departamentales o municipales, de planeación.

En cuanto a la financiación Sofía Díaz, secretaria de la organización explica: “Un alto componente de militancia, es un ejercicio de voluntariado, que diría yo que es el mayor. Y hay unos recursos a través de proyectos. Lo de consultivas se logró a través de un proyecto puntual, lo de la audiencia de mujeres en el Caguán también fue un proyecto puntual y en este momento se está ejecutando otro proyecto financiado por la Unión Europea. Es muy complicado el tema de los recursos porque quisiéramos hacer más cosas pero es muy difícil la consecución de recursos y más en los últimos años porque las agencias internacionales de cooperación están apoyando la realización de actividades más no personas, entonces el pago de personas para que realicen esos

procesos no está cubierto. Entonces lo que uno tiene que hacer es poner el trabajo y por eso hay un alto componente -así tengamos financiación- de militancia en todo esto que hacemos. Hay muchas dificultades que no se salvan sólo con el trabajo de militancia sino que exigen la consecución de recursos y lograr proyectos con el Estado cada vez es más difícil y la cooperación internacional también se está retirando del país” (entrevista 2004)

En términos internos, hay tres elementos comunes en el discurso de las organizaciones estudiadas: *Búsqueda de horizontalidad*. Todas las organizaciones confluyen en la dificultad de salirse de las “jerarquías patriarcales”. Las estrategias que usan para construir relaciones de horizontalidad remiten a dos momentos: para romper las jerarquías geográficas de poder, evitan centralizar decisiones en la capital del país, impulsando la representatividad de las regiones; Por otro lado, se valoran expresiones del disenso, se evitan jerarquías relacionadas con credenciales académicas.

Diversidad de integrantes. La heterogeneidad del país ha hecho que dentro de las organizaciones se encuentre todo tipo de mujeres. Mujeres jóvenes, adultas y ancianas; mujeres negras, indias y mestizas. De las condiciones socioeconómicas de las regiones surge una diferencia marcada entre la formación de las habitantes de sectores rurales, que en su mayoría no tienen formación profesional y el nivel de instrucción máximo está entre mujeres docentes. Las habitantes de sectores urbanos tienen más posibilidades de formación, relacionadas con la clase a la que pertenecen. Muchas mujeres tienen formación universitaria. Este punto es fundamental para entender las diferencias profundas entre la forma de entender el feminismo en sectores rurales y urbanos. Buena parte de las mujeres universitarias de grandes ciudades entraron en contacto con un feminismo académico desde mucho tiempo atrás, aunque en ese momento su compromiso estaba más centrado en la militancia de izquierda. Desde la década del noventa muchas de ellas rompen con la doble militancia y por eso podemos ubicar en esa misma década el surgimiento de 3 de estas organizaciones. Las mujeres de los sectores rurales tienen una apropiación del feminismo más en su papel como madres y desde lo social. Podemos afirmar que desde una visión más catolizada, es decir, ninguna mujer del sector rural se declararía a favor del aborto.

Oposición al gobierno uribista. El Presidente Álvaro Uribe Vélez siempre ha sido visto con recelo por las organizaciones de Derechos Humanos. En septiembre de 2003, Uribe Vélez, en un discurso pronunciado en un acto militar señaló las Organizaciones No Gubernamentales ONGs como “hablantinosos” de los derechos humanos. “Desoímos a los defensores del terrorismo, a los patrocinadores de los defensores del terrorismo y a los que conocen a Colombia a través de informaciones desviadas por el terrorismo” (Periódico El Tiempo, 12 de septiembre de 2003). Esto generó una ola de críticas por parte de agentes nacionales e internacionales que señalaron como grave que un país como Colombia, con una situación de Derechos Humanos tan delicada, el propio presidente hiciera declaraciones de este tipo. Todas las organizaciones de mujeres se ocupan del tema de DDHH y todas coinciden en la necesidad de una salida negociada al conflicto armado. Sumemos a esto la construcción del Presidente como un patriarca que vela por la restauración de “la moral católica y las buenas costumbres”.

Las organizaciones locales

ASMUM en Puerto Caicedo

La asociación de mujeres de Puerto Caicedo, surge por la iniciativa del padre Alcides Jiménez Chicangana, quien ve la necesidad de que las mujeres se organicen para promover la equidad de género como una posibilidad de desarrollo humano de la comunidad en general. ASMUM tiene como objetivos el fortalecimiento y acompañamiento a las organizaciones de mujeres, tanto en sus procesos de consolidación jurídica como en la capacitación, que se considera muy importante. “El padre nos decía: las mujeres tienen que luchar por una sola voz, porque a las mujeres hoy no las

escuchan pero ustedes deben tener claro que ustedes van a ser escuchadas, así sea en el año 3000 pero ustedes deben estar unidas” (Marleeny Quitumbo, entrevista 2004)

A ASMUM pertenecen organizaciones de mujeres panaderas, modistas, campesinas, instituciones educativas y grupos juveniles. En este momento hay 100 socias directas, pero son muchas más las beneficiarias. El aporte principal de la organización a las mujeres está en el plano de la formación “las mujeres tienen mayor autonomía, menos opresión en sus casas y también contribuimos en la economía de sus familias, cuando ellas mismas confeccionan sus camisas, cortan el pelo, ya no tienen que gastar en esas cosas” (Amanda Camilo 2004 entrevista)

Hace 15 años aproximadamente viene trabajando como organización. ASMUM se vincula a la Ruta Pacífica porque “Betty Laura Vallejo, una importante lidereza que venía trabajando en el sector rural con mujeres - y que luego del asesinato del padre se fue a Canadá exiliada- entra en contacto con la Ruta y la Ruta ve el proceso organizativo de ASMUM apropiado para seguir su programa” (Socorro Quenan, entrevista, 2004).

IMP en Mocoa

El proceso de IMP en Mocoa empezó en el 2002. Luz Ayda Ibarra hacía parte de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) y fue invitada a participar en el proceso. Ella conformó un grupo con mujeres líderes sociales. Veamos dos procesos distintos:

Soledad Cañar: “Hago parte de IMP desde el 2002. Soy Constituyente¹¹ por el departamento del Putumayo, donde trabajamos la Agenda Básica de las Mujeres. Como organización a veces hemos hecho acuerdos con la Ruta, en momentos en que tenemos que unirnos todas las mujeres. Yo entré a IMP porque unas amigas con las que hemos trabajado siempre acá en el departamento me convocaron y se hicieron trabajos departamentales y regionales. Para mí este trabajo es muy importante porque se trabajan temas como el de las fortalezas y las debilidades de las mujeres en el trabajo, porque acá había muchas cosas buenas, pero también cosas negativas.

Siempre es difícil el trabajo porque la responsabilidad de la casa siempre está en nosotras las mujeres y de ver que uno tiene que ausentarse, dejar una semana es difícil para dejar la familia con las múltiples cosas que hay acá” (Entrevista 2004).

Para nosotras [la constituyente emancipatoria] es una herramienta y un instrumento para poder actuar. Nosotras creemos que le hemos aportado al país otra forma para ver la paz. Porque nuestro proceso no sólo es para las mujeres, sino para todo el país, porque creemos que los conflictos se pueden solucionar de otra manera. Aquí en el departamento de Putumayo esa Agenda Básica ha servido mucho para nosotras poder entrar dentro de los planes de desarrollo de los municipios y del departamento, para poder colocar ahí las necesidades de las mujeres, porque muchas dijeron esto es prioritario para nosotras”. (Entrevista 2004).

“Nosotras la trabajamos con los distintos candidatos a la alcaldía y a la gobernación y logramos meter esos puntos dentro de los planes de desarrollo tanto regional como departamental, que nos llamaron ya para ser las representantes de las mujeres como consejeras departamentales de planeación, creo que es algo importante que se ha logrado, donde las hemos representado a todas y a todos, porque igual el plan es para todas y todos, pero que igual tenemos un espacio más concreto haciendo las mujeres parte de este proceso. Trabajamos el punto 1 que es el Acuerdo Internacional Humanitario, que abarca muchas cosas, se trata del bienestar de las mujeres, si están bien la mamá está bien la familia y el 12 que es la plena participación política de las mujeres, tanto culturales como políticas y económicas, es importante porque hoy nos tienen en cuenta, que somos parte fundamental

tanto del desarrollo como de la paz que todas queremos que llegue”. (Soledad Cañar, entrevista 2004)

Luz Ayda Ibarra, coordinadora en el Putumayo de IMP

“Yo me vinculé al comienzo con una organización mixta, hace más o menos 16 años con el padre Alcides, quien nos alentó mucho para empezar a hacer un trabajo entre mujeres. Empezamos a ver cómo desde nuestras necesidades planteábamos algunas alternativas de solución para un grupo de mujeres que no se atrevían a plantear sus necesidades. (...) Eso da una gran satisfacción personal que deja aportar a la comunidad.

Luego hice parte de un proceso de trabajo social con mujeres que me enamoró, desde la parte sindical. Ese trabajo con las mujeres enriquece porque es el trabajo con la otra parte del mundo. El trabajo docente me ha permitido conocer las necesidades de las mujeres, de las madres de familia, de las de los barrios, de las niñas y las jóvenes, de quienes día a día me encuentro en las calles, donde uno conoce todas las posibilidades que este país nos ha negado y hacer con ellas un trabajo mucho más amplio. Estoy en IMP, porque nosotras aquí en el Putumayo no podíamos faltar. Debemos recorrer todo el territorio donde nosotras las mujeres podamos apostar a la paz. Pero no es solamente al callar de las armas, de los fusiles, sino una paz social, con justicia, con equidad, que permita que cada una de nosotras pueda ser actora, artífice de una sociedad con condiciones diferentes, en la que podamos ser incluidas nosotras las mujeres.

Las mujeres aquí en el Putumayo podemos hablar de muchas cosas, de nuestra integridad, de nuestras condiciones, de nuestra identidad como mujeres, desde la etnia, desde nuestra producción cultural. (...) En ese proceso están mujeres como yo, afro descendiente, mujeres indígenas, campesinas, sindicalistas. Pero también estamos atravesados por una violencia que nos ha marcado, no sólo por la forma en que de afuera miran la región, sino en nuestra forma de pensar, en la forma de dirigirnos al país, porque no podemos expresar nuestras ideas fácilmente. Hacerlo hoy implica tener la fortaleza de decirle al país que pensamos las mujeres, pero también estar en la mira de quienes creen que nuestro pensamiento de rebeldía no se acoge a lo que ellos quisieran escuchar.

Por el Putumayo pasaron más de 3 mil mujeres en una marcha de sororidad y de solidaridad con las mujeres de esta región que hemos vivido las diferentes manifestaciones de la violencia, pero para el país eso no significó nada, para los medios de comunicación eso no significó nada. Yo me pregunto ¿qué será lo que puede significarle al país? Pero como son acciones de mujeres el cubrimiento nacional de los medios no creen que estas situaciones sean importantes. Nosotras decimos que si es importante y que son acciones que un día se multiplicaran no una dos tres sino muchas veces para mostrar el punto de vista que no se ha querido mirar” (Luz Ayda Ibarra, entrevista 2004).

La Marcha del 2003 hacia Putumayo

La movilización de la Ruta del año 2003 se dirigió a este departamento. Más de 3.500 mujeres provenientes de todas las regiones del país marcharon hacia Puerto Caicedo. En el departamento se reforzaba la política antidrogas del gobierno cuyas fumigaciones aéreas con glifosato para erradicar la coca estaban destruyendo todos los cultivos legales y creando problemas de salud, señalamientos a la población y agudización de la violencia. El lema fue “lo ilícito es la guerra, el desplazamiento, el desarraigo, las fumigaciones, la destrucción y el miedo.”

La movilización le dio al movimiento regional reconocimiento político e institucional “al nivel regional, logramos mover al departamento en pleno desde el alto Putumayo hasta Leguizamo, en la frontera con el Ecuador, entonces tuvimos acá 3.500 mujeres, eso también visibilizó que el

trabajo de mujeres no son dos o tres o cinco sino que somos un gran equipo, somos muchas”. (Amanda Camilo, 2004, Entrevista)

La decisión de hacer la marcha hacia este departamento tuvo dos momentos, el primero el análisis del contexto: “analizar si el contexto nos permitía o de pronto nos ponía más en riesgo al hacer la marcha” y el otro fue la toma de la decisión, tanto de las mujeres que pertenecían a la Ruta Putumayo como de la Coordinación Nacional. “La movilización se daba en el contexto de las fumigaciones y para nosotras y nosotros habitantes del suroccidente las fumigaciones lo único que están trayendo es pobreza, entonces se hizo en ese marco”. (Amanda Camilo 2004 Entrevista). Hubo reuniones preparatorias, se gestionó la Marcha a través de los medios radiales. “Destacamos mucho la participación que tuvo la red de emisoras comunitarias del departamento, ellos nos brindaron todos los espacios, a poder emitir los objetivos de la Marcha, a qué niveles se podía participar” (Amanda Camilo. Entrevista, 2004).

El objetivo de la marcha fue la defensa de la vida, no sólo de los habitantes sino del territorio. “Las aspersiones aéreas estaban atacando el corazón de la Amazonía y agravan el problema de seguridad alimentaria, las fumigaciones estaban afectando la vida a ese nivel, sistémico, humano, la alimentación de todos y todas” (Amanda Camilo, Entrevista, 2004).

La logística fue difícil porque Puerto Caicedo es un municipio de más o menos 7 mil habitantes, y con la movilización se esperaban 3 mil personas más. “Entonces tocaba ver donde metíamos ese montón de gente pero aunque fue una debilidad se nos convirtió en una fortaleza porque a través de una campaña “alberga una amiga en tu casa”, entonces la gente se desbordó de solidaridad decían yo llevo 5 yo llevo 7, en las instituciones educativas. Para nosotras fue muy sentido que la movilización se hacía en el marco del movimiento de mujeres en contra de la guerra y el trabajo fue realizado fundamentalmente por la Ruta”. (Amanda Camilo, Entrevista, 2004)

Las ganancias fundamentales de esta marcha fueron el desbloqueo de las vías para el tránsito nocturno, el posicionamiento político y el empoderamiento de las mujeres en el departamento y a nivel regional la integración a través de la red Cantoyaco de emisoras radiales. En el tema del conflicto “vimos que los grupos al margen de la ley comprendieron los objetivos de la movilización, la respetaron, no hemos sentido retaliaciones y eso es importante, porque hacer trabajo por Derechos Humanos no es tan sencillo”. (Amanda Camilo 2004 Entrevista). “Yo creo que la marcha se convierte en una fortaleza, porque muchas mujeres de distintas regiones del país pudieron venir a conocer nuestra región y sirvió como una experiencia importante para las otras mujeres que estamos aquí en el Putumayo trabajando miramos que ya poco a poco unimos los criterios nos da fortaleza y ánimo que a pesar que comos de distintas organizaciones hay momentos que nos llegan a todos” (Soledad Cañar, entrevista 2004)

El proceso de consolidación hasta ahora está empezando. Es un proceso en gestación en que el miedo de las mujeres aún es muy fuerte y se debe acatar las normas de los grupos armados que controlan la región. La Marcha hacia esta región ayuda al proceso, pero la represión es demasiada. Las mujeres están consolidando redes de resistencia y es un gran paso la concientización que se percibe en las mujeres de la valoración que se le da a su condición de género, con las particularidades propias de su visión del feminismo sobre la que volveré más adelante.

La O.F.P en Barrancabermeja.

El proceso de la Organización Femenina Popular en Barrancabermeja está ya plenamente consolidado. Prueba de ello es la posición activa y de enfrentamiento directo con los paramilitares en la región. En este proceso ha sido fundamental tanto el acompañamiento hecho por organizaciones internacionales como Brigadas de Paz, Diakonia, Cairós entre muchas otras, que les ha permitido tener respaldo internacional para sus denuncias y la financiación de muchos

programas, como el hacer parte del movimiento social de Barrancabermeja, su cercanía a la Unión Sindical Obrera –USO- y el trabajo realizado durante 32 años con las bases sociales de la ciudad. La OFP se ha ganado el respeto de la comunidad “fue el paraguas para muchas organizaciones sociales durante la arremetida del paramilitarismo, si no fuera por la OFP no quedaría nada del movimiento social de Barranca” (entrevista 2004)

Este es el proceso de la OFP en palabras de Jackeline Rojas, 36 años, 17 años trabajando en la organización. Coordinadora regional -Magdalena Medio- de la organización:

“Ha sido un crecimiento para bien, primero estábamos en Barranca, luego nos proyectamos a la región y hoy estamos a nivel nacional. Ha habido un proceso muy bonito: todas las mujeres que estamos ahorita en la dirección fuimos mujeres de base de la OFP, mujeres de los clubes de amas de casa, de los grupos juveniles y en los espacios que se nos brindan fuimos creciendo en el liderazgo y hoy tenemos esta oportunidad, creo que estamos haciendo el ejercicio de que otras sean las que mañana puedan asumirla con toda la fortaleza, con toda la entereza que las mujeres tenemos.

Ha habido muchos y muchas, en ese caminar, en esos 32 años. Con mujeres hemos caminado a nivel nacional, a nivel regional, a nivel local. Somos muy cercanas y tenemos una alianza con la Ruta Pacífica. A nivel internacional también, con las mujeres de negro, con las mujeres católicas de Austria, con Amnistía internacional, bueno, con diferentes organizaciones que conocen y valoran lo que tenemos. En Barranca con otras organizaciones porque la OFP hace parte del movimiento social de Barranca, con los trabajadores de derechos humanos, con los sindicatos, la diócesis, el Programa de Desarrollo y Paz, con organizaciones campesinas, indudablemente no hemos estado solas para que ese proceso se haya venido consolidando y colocando esa postura de resistencia en la ciudad ante la agudización del cierre de esos espacios del derecho a organizarnos y a juntarnos.

Ese crecer como sujeta política tiene sus costos, por el señalamiento, la estigmatización, el hostigamiento, las líderes hemos tenido amenazas, ha habido intentos de asesinato, han acabado nuestras sedes, pero dijo una compañera ahí estamos como “la siempreviva” creciendo más. Porque se ha venido agudizando el señalamiento y la estigmatización de la organización, “que las mujeres que van a la Casa de la Mujer son subversivas, que se van a morir, que las que van a allá la van a llevar”. Porque en el posicionamiento de los paramilitares ellos desarrollaron muchas estrategias para cooptar la Organización Femenina Popular y siempre hubo una postura de no ceder a los condicionamientos de un actor armado ilegal, ellos la encontraron en todo lado. Hay un miedo en la población en general, pero en especial en las mujeres. Y nosotras decidimos seguir siendo en cada uno de los sitios, decidimos quedarnos para ser, no para estar, para seguir construyendo a pesar de todas las adversidad nuestro proceso y así estamos. (...) Porque esto es una disputa de sujetos sociales y de territorio y es una disputa con ese actor armado, que está llevando la población civil al conflicto, involucrándola, pero no sólo los ilegales, sino la institucionalidad con la negación de espacios de trabajo. Por ejemplo la economía de San Pablo ha sido toda la vida la coca, raspar, irse para atrás [a la Sierra Nevada de Santa Marta] a raspar y eso ha mantenido la economía porque no hay más nada y es más rentable porque lo otro no tiene mercado. Y ese control de la coca ha estado siempre bajo el control de los grupos armados. Y lo que plantea el Estado son fuentes de empleo militarizantes¹²: los soldados campesinos, las familias guardabosques, todas esas políticas que militarizan e involucran más la población civil en el conflicto. Entonces a pesar de eso seguimos” (entrevista 2004).

Nancy Acevedo, 43 años, coordinadora de Cantagallo, región de Magdalena Medio, nos muestra su proceso personal:

“Yo fui una mujer desplazada del Sur de Bolívar, la OFP trabajó en Puerto Wilches con personas desplazadas. Allí conocí la OFP, me gustó el trabajo y empecé a trabajar como trabajadora doméstica. Al comienzo las mujeres se acogieron a la organización, pero cuando fue amenazada por los paramilitares -hace más o menos año y medio- mucha gente de la organización se retiró por miedo, pero ya a la Organización este año muchas mujeres han vuelto.

Yo defino la resistencia como lo hacemos nosotras: manteniendo los comedores abiertos y no acogiéndonos a la ley de ellos porque es una organización civil y autónoma. A pesar del miedo la comunidad nos ha seguido apoyando,

Para mí lo más importante ha sido aprender a coordinar un grupo y también el comedor, porque es uno de los proyectos que ofrece más ayuda a la comunidad. Trabajamos con 3 grupos de mujeres: comité de vivienda, con el que pudimos arreglar las casas de familias que no tenían donde vivir, comité de salud, donde se hacen jornadas porque aquí no tenemos el servicio y el comedor que atiende más o menos 100 almuerzos diarios.

Hay cosas difíciles. Por eso también me separé porque tuvimos problemas con él cuando yo empecé en la OFP y de allí vino todos los problemas y nos separamos. Yo decidí quedarme trabajando porque también me di cuenta que no debía estar dependiendo de él, sino que yo podía hacer cosas sola. Yo pienso que no fue una decisión correcta porque también él es el papá de mis hijos y es muy difícil seguir sola. Pero era la manera el estar cohibida en la casa, solamente en la casa, y no aprender otras cosas importantes también para la vida de uno como mujer”. (Nancy, entrevista 2004)

La Ruta en Medellín

El trabajo de la Ruta en Medellín se coordina y se realiza en conjunto con la Corporación Vamos Mujer, Corporación Mujeres que Crean, Programa Mujer Trabajadora -ENS, Corporación Convivamos, la Unión de Ciudadanas de Colombia. “La Ruta en Antioquia funciona de manera permanente, hacemos talleres sobre DIH y las normas que protegen a las mujeres, hacemos reflexiones y discusiones sobre la democracia que están buscando las mujeres, preparamos las movilizaciones, hacemos propuestas políticas” (Entrevista 2004)

Diana Gutiérrez Londoño, Abogada, coordinadora de la Ruta Antioquia explica la relación del trabajo de la Organización con el conflicto en la ciudad de Medellín:

“Medellín ha vivido lo que es el conflicto armado en el ámbito urbano, que dan un tipo de características de la militarización de la vida civil cotidiana, por parte de los actores armados que controlan cada calle, cada barrio y que imponen “códigos de conducta” a la población y nosotras nos hemos tenido que involucrar mucho en los efectos de esa violencia en la mujer. Nosotras hicimos una movilización en el año 2001 por los barrios populares de Medellín, en noviembre y era denunciar, evidenciar que el conflicto armado no era solamente del campo sino que estaba dándose en las grandes ciudades. Esa es una particularidad importante que nos ha permitido mostrar que no es lo mismo el conflicto armado que se vive en el campo al que se vive en las ciudades. Yo creo que el conflicto armado en el campo se muestra más a través del desplazamiento forzado y lo que ahora llamamos comunidades encajonadas o sitiadas, también por el control de medicinas, de víveres.

En la ciudad [el conflicto] tiene una particularidad: Las personas de la ciudad que sufren este tipo de presión, de amenazas y de terror no se van sino que se quedan y se tienen que someter al dictamen de estos actores. Por ejemplo las chicas aquí en Medellín hemos sabido que primero a las chicas por un lado por los estereotipos que les presentan de mujer en los medios les ponen el descaderado, la ombliguera y si se ponen eso aquí hay barrios en los que los actores armados sacaban letreros y amenazas de que no se podían vestir así, algunas fueron agredidas de manera muy cruel, les quemaron el abdomen, las desnudaban y las exhibían públicamente en el barrio.

Pero también hay una presión y es que como el control de un determinado barrio lo ejerce un grupo, las chicas también se sienten seducidas por los uniformes y las armas porque eso da poder, pero también muchas se sienten presionadas, que si no se hacen novias del duro de la banda han sido violadas, obligadas al desplazamiento intraurbano”. (Entrevista 2004)

IMP en Medellín

Rocío Pineda García, 54 años, investigadora social, miembro del equipo coordinador y de la comisión política de IMP: “Si veo mi historia personal he estado en muchos de los actos fundantes del movimiento femenino nacional. Yo me podría caracterizar por estar ahí, en la fundación de la Red Nacional de Mujeres, de la Red de Derechos Sexuales y Reproductivos, estuve en la gestación de la Ruta Pacífica de las Mujeres, también iniciadora y en este momento mi mayor compromiso como feminista está en IMP, en el equipo coordinador y en la comisión política.

“Yo considero que el mayor aporte de IMP es el trabajo por la construcción de un camino para la creación de sujetas mujeres, es decir la construcción de la ciudadanía en medio de la guerra. Al abrir ese camino, va dando las bases de lo que es una verdadera democracia. Pero hay una conducta, o mejor, un imaginario colectivo, que se empeña en mantener a la mujer en el papel tradicional. (...) Creo que hay muchas expresiones de lo que te digo, del reconocimiento de la mujer como ciudadana. Y se expresa más en unos sectores que en otros, desafortunadamente los sectores intelectuales, que teóricamente son los más comprometidos con la construcción de una sociedad democrática, es uno de los sectores que se empeñan en desconocer el papel de las mujeres. También los medios de comunicación son una barrera cultural muy férrea, de acero, que se empeña en reconocer a la mujer como objeto sexual, en el sector político y en el empresarial también.

Las mujeres tenemos unas fortalezas muy grandes en nuestro trabajo organizativo: la creatividad, la convicción, la persistencia, la disciplina y los lazos de sororidad que empiezan a emerger. A pesar de esto todavía tenemos puntos débiles como que todavía la política no es interés nuestro. Las mujeres pasamos de lo privado a lo social y existe una especie de concordancia entre eso privado para lo cual hemos sido entrenadas y las esferas sociales en las que trabajamos, se trasladan los roles. El tema del poder todavía nos es ajeno. Yo le decía en estos días a una compañera, que si nosotras preferíamos estarle poniendo la mano en el hombro a un hombre, alcalde o concejal, para que el se interese por lo que a nosotras nos interesa que el Estado se interese, en vez de ser nosotras mismas las que ponemos la firma en el papel. Hay como un temor de estar ahí. Muchos sectores del feminismo somos incoherentes porque cuando hablamos de incidir en el Estado, de posicionar nuestras agendas en el orden del discurso público como interés del Estado somos ambivalentes porque si alguien lo acoge lo criticamos porque decimos que lo están cooptando. Lo político se vuelve un tabú para el feminismo, hay un temor a la impureza, a la contaminación con lo impuro, pero también con una dificultad de reconstruir caminos para estar ahí”. (Entrevista 2004)

Luz Marina Toro, 35 años, comunicadora social, sindicalista de la Central Unitaria de Trabajadores,(CUT) coordinadora regional de IMP en Antioquia.

“La estructura sindical es muy cerrada y radical y hay un temor a nuevas formas de construir trabajo, de estructurar el debate, de generar argumentos y de reconocer que hay diferencias entre hombres y mujeres, más que la clase trabajadora. Lo otro es que les da miedo – lo que pasa es que las mujeres somos más disciplinadas y más estudiosas, porque como se nos exige más y como nos toca competir con ellos a pesar de nuestra triple jornada – porque nosotras generamos más resultados y lo que pasa es que cuando tu te vinculas a una organización de mujeres empiezas a ser más autónoma, más independiente. Y eso no le conviene a las fuerzas políticas, que en el movimiento sindical son muy radicales.

Las familias paisas son muy tradicionales y la mía específicamente es muy tradicional y claro, la resistencia es dura, primero cuando me vinculé al movimiento sindical entonces eso era ya tinte de guerrillera y luego la vinculación con el trabajo de mujeres. (...) Pues en el espacio más amplio de tías y abuelas no se habla, porque con mi mamá y mi papá y mis hermanos si les hablo, al comienzo les chocó mucho, pero ya lo respetan y lo valoran, ya me llaman y me consultan, ya es distinto. Entonces no hablo, pero tampoco toco el tema de los trabajos de los demás que también me parecen muy aburridores. A mí no me gusta ser gerente de una empresa, no me gusta. Con ese argumento fui rompiendo, decía a mi no me gusta lo que usted hace entonces hablemos de otra cosa que sea común y así fui bajando la resistencia.

Las actividades que realizo en la coordinación de IMP son tantas y a veces parece como ninguna, como si no fuera nada. Básicamente mi coordinación es político administrativa, entonces en términos de funciones es como estar poniendo la imagen de IMP en los espacios de las mujeres o en los espacios de iniciativas ciudadanas. En lo administrativo lo maluco, que es administrar el recurso y ver como hacer rendir la platica. Más allá de eso es cargar un poco con lo de – digo cargar no porque sea tan pesado sino porque la responsabilidad es mucha y a veces no alcanza el tiempo para hacerlo- es cargar con todo ese reconocimiento que tiene que empezar a forjarse en el espacio público político, social y cultural de IMP, esa es mi responsabilidad, poner todo el tiempo a IMP ahí, en la esfera de lo público, del reconocimiento. Poco a poco se ha ido logrando. Porque es necesario ir fortaleciendo e impactando mucho más, en este departamento tan convulsionado con todas estas fuerzas oscuras y con ese presidente que tenemos [Uribe Vélez] que es de aquí también, tan horrible” (Entrevista, 2004)

La Red en Antioquia

Diana Molina, 25 años psicóloga. Trabaja en CERFAMI (Centro de Recursos Integrales para la Familia) organización foco de la Red en Medellín, pertenece a la Red Nacional de Mujeres y a la Red de Derechos Sexuales y Reproductivos.

“Empecé en el 2001, cuando comencé a hacer la práctica universitaria [en CERFAMI]. Esta institución tiene un carácter feminista y está inserta en el movimiento social de mujeres. Yo comencé en la Red representando a la institución, pero uno va encontrando intereses afines a los propios, entonces se va “encarretando” uno con el cuento más a nivel personal. Al principio fue como un trabajo institucional pero se va volviendo parte de tu vida, de tu existencia, de tus defensas. Y muy vinculado con el trabajo que hacemos con la comunidad, que la gente tiene que ser fortalecida, especialmente las mujeres.

Yo pienso que uno tiene muchas inquietudes por el hecho de ser mujer y las vivencias que uno tiene. En la universidad en la corriente en la que estaba no se manejaba mucho el tema [feminista] y llegar al movimiento nacional de mujeres, a las ONG y encontrar que esas

sensaciones que eran tuyas no más, aparentemente, son colectivas. Eso genera mucha empatía, más solidaridad, decir “ahh es que no soy yo sola la que siento estas cosas por ser mujer”. Porque los sentimientos de ser mujer y de pensar que uno tiene que luchar por sí mismo son generales. Entonces es como una voz de aliento. Desde mi carrera -sicología terapéutica- uno ve que las mujeres manejan un sentimiento de soledad y las redes fortalecen mucho y sentir que vos tenés una dificultad y la red te hace un acompañamiento, entonces eso te fortalece.

La Red tiene una estrategia fundamental a nivel nacional -aunque estamos por regionales hay una interacción nacional- regida por unos presupuestos básicos, aunque hay diferencias regionales. Para el año 2004 hay unas apuestas colectivas. Nuestra estrategia fundamental es incidencia política, en los espacios de poder donde se toman decisiones que tienen que ver con la ciudadanía y, en especial, con la de las mujeres. (...) Básicamente la apuesta es incidencia política pero trabajamos también en formación, con organizaciones de base, con las mujeres de la Red. Estamos tratando de formar algo que se llame la Escuela de Formación de la Red Nacional de Mujeres, es decir ciertas mujeres que ya empiezan a tener el perfil político feminista, pero que aún no están tan capacitadas como para ir al Concejo y hacer una presentación, pero que les gusta entonces se están formando. A nivel nacional está la estrategia de ir formando una red de abogadas y es porque en torno al tema de los derechos humanos hacemos promoción y defensa y queremos vincular a las mujeres abogadas con las defensas de casos, para que ellas se empoderen y defiendan las mujeres. Otra cosa importante es un trabajo con los medios de comunicación porque la imagen que ellos tengan de nosotras beneficia o no nuestro trabajo, entonces tratamos de mantenerlos muy informados con boletines de prensa, para que tengan información precisa.

Hay un problema muy grave en nuestro país con el trabajo con derechos humanos. Muchas mujeres no quieren que las relacionen con eso, porque con la presencia de los grupos armados -especialmente los paramilitares- fichan al que trabaja y dicen que es guerrillero.(...) por el otro lado, si existe una percepción errada del feminismo como que es contra el hombre o una negación de lo masculino, eso a veces pone límites, dicen “no... son feministas, no queremos que trabajen con nosotras”. En los sectores populares cuando hablamos de derechos de las mujeres que es nuestro camino de entrada, ellas sienten que lo necesitan y cuando les contamos historias de mujeres parecidas a ellas, vamos a hablar sobre cómo pueden cambiar muchas cosas en su vida, en lo que tiene que ver con el maltrato, con la violencia, con la participación de ellas en otros espacio, la mayoría se sienten identificadas. A las mujeres les gusta el trabajo, lo demandan. Para algunas ha traído problemas en los hogares. Hay mujeres que para ir a alguna reunión a un taller casi les toca conseguir autorización firmada del esposo o simplemente no llegan porque las dejan encerradas. (...) Los hombres se han hecho una interpretación errada y creen que cuando una mujer gana derechos ellos pierden poder. Pero lo pierden es desde el maltrato, desde la imposición, desde la violencia pero ganan otras cosas. (...) El trabajo es fuerte, tratar de mostrarles a las mujeres como pueden vincularse a las actividades sin provocar agresiones, porque tampoco queremos que su hogar se destruya por ir a las capacitaciones y los talleres.” (Entrevista, 2004)

La Red Bogotá

Sofía Díaz, secretaria de Red

“El acceso de las mujeres a lo público es reciente. Hay una confrontación con la cultura y el estilo de hacer política desde lo masculino, en los que las voces de las mujeres tienen poca escucha. Eso ha dificultado que las propuestas de las mujeres sean reconocidas realmente. Aparentemente se es escuchado, pero en el momento de la concertación se diluye todo. Se ha manejado el tema de las mujeres como de confrontación con lo masculino, como si fuera

excluyente de lo masculino. Pero la idea no es esa, es reconocer que este país es diverso y pluricultural y que existen diferencias por lo menos desde los Derechos Humanos. Y las mujeres hacemos parte de esos enfoques diferenciados. Las mujeres que tienen opciones sexuales distintas tampoco son reconocidas y si en el Plan de Desarrollo Distrital plantean la inclusión, los derechos de ellas también deben estar ahí. Pero lo que planteaban en el Concejo de Bogotá era que si desde la administración se debía propugnar, sensibilizar para que hubieran lesbianas y homosexuales. Así fue la discusión. Eso me llevó a pensar acerca de la importancia de que mujeres no necesariamente feministas, pero si mujeres que tengan una apuesta por la democracia, por el reconocimiento del otro, estén en esos espacios, para que la información fluya, para que se pueda reconocer el avance de las discusiones porque si no se tiene idea de cuál es la discusión, entonces uno se para desde lo que la cultura le ha enseñado y es a negar y a desconocer al otro”. (Entrevista 2004)

En todos los procesos locales presento dos tipos de testimonios. Los que dejan ver los efectos del proceso organizativo en la vida personal de las mujeres y los que muestran preocupaciones políticas en el espacio de lo público. En lo personal es común la dificultad que trae la formación feminista sobre la vida de muchas mujeres, especialmente de sectores populares, que en su ámbito familiar son consideradas sólo aptas para la vida doméstica y son víctimas del maltrato masculino como una práctica normal. La segunda gran preocupación es la incursión de las mujeres en el espacio de la vida política de la democracia representativa. Se trata de resistencias externas e internas. En lo externo, la dificultad –impuesta por un sistema de creencias y prácticas- para actuar en lo político saliéndose de las estrategias construidas desde el patriarcado y el empeño en desconocer que la condición de la ciudadanía femenina también debe verse en el peso de su acceso a espacios de decisión. En términos de las resistencias internas, existe un fuerte temor a la “contaminación” y a la pérdida de autonomía de la acción feminista, a la “cooptación”.

Estas preocupaciones y resistencias tienen en común discursos patriarcales que se manifiestan de formas variadas en lo público y en lo privado. Son dos niveles de una misma estructura social y mental. Las trayectorias personales y los habitus juegan aquí un factor decisivo. Si se tiene resuelto el problema en lo privado, se trabaja en lo público. Es un camino largo, que implica una ruptura dolorosa pero inevitable para el desarrollo de la autonomía femenina.

La marcha de mujeres de 2002.

La marcha fue el resultado de un continuo proceso de acuerdos, de pequeños y grandes acuerdos, una primera etapa de vencer resistencias, de ganarnos confianza para hacer un acto juntas, nacional, de ése carácter (Rocío Pineda, 2004, entrevista)

A pesar de las múltiples coincidencias en el tema de la guerra y de la paz, las diferentes trayectorias sociales y políticas de las organizaciones y de sus integrantes hacen muy difícil pensarlas como movimiento nacional. Han existido intentos de formar un solo bloque frente a situaciones concretas, pero se han constituido como espacios coyunturales, que han servido más para aclarar divergencias que para consolidar convergencias. La Marcha de mujeres de 2002 permite explorar de forma clara los logros y las dificultades de su articulación.

La Marcha de Mujeres contra la guerra se hizo el 25 de julio de 2002. Fue convocada por la Ruta Pacífica, la Red, la OFP, IMP y la Mesa Nacional de Concertación. Asistieron más de 30 mil mujeres de todas las regiones del país que se congregaron en el Parque Nacional de Bogotá y unieron sus voces exigiendo un proceso de negociación que permita el fin de la guerra. El lema de esta marcha fue “Ni un hombre, ni una mujer, ni un peso más para la guerra, negociación ya”.

El proceso: “La Ruta invita a otras organizaciones a que armemos un proceso mucho más amplio de concertación, para la movilización misma. Es un evento muy importante en el sentido de que cinco escenarios, cinco espacios del movimiento de mujeres confluyamos en una apuesta en

contra de la guerra y esa movilización tenía un elemento simbólico muy importante porque es una movilización que se hace un 25 de Julio, previo a la posesión de Álvaro Uribe Vélez, ya era clara para la población cuál era la propuesta de Uribe y la movilización lo que intentaba era decirle: las mujeres estamos en contra de la guerra y estamos por una apuesta por la paz y por el diálogo. La Ruta jugó un papel muy importante en términos del porcentaje de mujeres que participaron, pero también las otras iniciativas aportaron” (Ana Milena Gonzáles, entrevista 2004).

En los encuentros nacionales de discusión, a nivel de cada organización se abordaba todo el asunto de la Marcha. En los encuentros de las cinco organizaciones se definían las delegadas, se negociaban los postulados. En las regiones también se hizo trabajo desde lo político y desde lo logístico, los recursos, la seguridad. Los días previos fueron tensionantes: ubicar responsables por sectores, decidir qué colores utilizar en la Marcha, cuántos buses usar, en dónde iban a alojarse.

“IMP empieza a movilizar una acción y una reflexión sobre la marcha, la preparación, para qué la marcha, cuáles eran sus propósitos, cuántas mujeres podía movilizar IMP desde las regiones y hace todo un trabajo de preparación, de coordinación, de comunicación y también con recursos económicos. IMP le metió hombro al trabajo” (Sol Gaitán, IMP, entrevista 2004)

Los acuerdos se fueron construyendo en las reuniones de las cinco organizaciones. Cada postulado demandó 2 o 3 reuniones de las organizaciones porque como se trabajó con delegadas, era necesario que cada una consultara después con cada organización para poder dar una respuesta de si se estaba de acuerdo o no con lo que se estaba planteando. El proceso de preparación fue lento pero necesario, porque el movimiento de mujeres ha tenido dificultades en los acuerdos. “Se llega a los acuerdos pero en las acciones se pasa por encima” En la Marcha de 2002 se tuvo mucho cuidado, porque estaban involucradas organizaciones y líderes muy importantes a nivel regional y nacional. “Era mejor avanzar lento pero seguras, que no implicara riesgos para las mujeres, no reventara la alianza y no termináramos con una marcha débil” (Sol Gaitán, IMP, entrevista)

Los impactos: La Marcha tuvo impactos positivos y negativos para el movimiento social de mujeres. Veamos la forma en que fueron vistos por las organizaciones

Ana Milena Gonzáles, de la Ruta: “Es una acción que tiene muchas ganancias en la medida en que es una hecho histórico importante. Implicó para otros sectores que están en el movimiento ciudadano por la paz el tener que reconocer la capacidad de las mujeres de movilización, Muchos sectores y muchos hombres del movimiento ciudadano por la paz dijeron: “las mujeres tienen una capacidad de movilizarse contundente”. Hacer eso en Bogotá y llenar la plaza de Bolívar es el reto del movimiento sindical y de muchos movimientos sociales y esta concertación de 5 iniciativas de mujeres logra hacer eso. Eso nos pone en un punto en que somos miradas con mucha capacidad. Sin embargo, eso posteriormente no se traduce en los reconocimientos reales a las posibilidades del accionar político de las mujeres. La expresión es “*uy las mujeres son unas verracas, son capaces de hacer eso*”, pero a la hora de tomar las decisiones los escenarios siguen con unas estructuras muy patriarcales que no permiten que las mujeres entren allí. (...) También nos enseñó los acercamientos que tenemos al interior del movimiento de mujeres, las diferencias que también tenemos. No es un espacio homogéneo, tiene posturas diferentes. (...) Unas iniciativas con más fuerza que otras, entonces por razones diversas deciden retirarse sin que se haga un planteamiento claro de cuales son las diferencias. La Mesa Nacional de Concertación se retira, no necesariamente porque se tenga diferencias con el movimiento de mujeres en contra de la guerra sino porque pasa por un momento de revisión interna. La Red no plantea una discusión clara de por qué se retira y la Organización Femenina Popular tiene unas diferencias en cuanto ellas hacen parte de una accionar político en torno al cuestionamiento de una práctica de gobierno como la del

momento actual, mientras que la Ruta y la Iniciativa de Mujeres por la Paz estaban de acuerdo en la idea de posicionar a las mujeres en contra de la guerra y que esa discusión tiene que ser muy amplia y tiene que abarcar muchos escenarios, pero no solamente el escenario de la política gubernamental. (Entrevista 200)

Yolanda Becerra de la OFP “La Marcha del 2002 fue una expresión social de las mujeres muy fuerte. Mucha gente decía que hace muchos años nadie movilizaba tanta gente. (...) Pero nosotras tampoco somos ajenas a los vicios políticos, a los costos de la guerra ideológica en contra de estos movimientos por parte del Estado y de la derecha y eso hace que nosotras no pudiéramos seguir construyendo esa alianza que mostró mucha fuerza y que hubiera sido una ganancia para el país. Porque se supone que la alianza sigue con algunas organizaciones, pero no se ve, no se siente, no tiene fuerza política” (Entrevista 2004).

Luz Marina Toro de IMP “La ganancia para IMP fue su consolidación. Nos hicimos ver en lo público y eso nos permitió abrir el trabajo que guiaría la preparación de la Constituyente Emancipatoria de Mujeres. Las debilidades y los problemas: en la Marcha y en todos los procesos son de los protagonismos, derivados de las rivalidades. Como lo viví en Antioquia, es por tener el control de quien coordina, de quien inscribe, de quien va a aparecer, de quien va a echarse el discurso, quien se sube al escenario y quien se queda abajo. Nos enredamos con eso que es muy patriarcal.” (Entrevista 2004).

Sofía Díaz de la Red hace este análisis: “En la Marcha hubo diferencias por estilos, por recursos. Porque nosotras fuimos convocadas a hacer parte de ese espacio pero algunas organizaciones que hacían parte de ese espacio tenían unos recursos destinados para eso, la Red no, eso genera algunas tensiones. Entonces nosotras decimos aquí no se puede seguir trabajando pero hay otros espacios para eso. De todas formas creemos que la apuesta de las mujeres es por la paz para este país y reconocer que las mujeres tenemos unas afectaciones diferenciadas en la guerra” (Entrevista 2004).

Las dificultades en la articulación de estas organizaciones de mujeres durante la marcha de 2002 nos permiten aclarar cuáles son los puntos neurálgicos que impiden la conformación de *un* movimiento social de mujeres.

Los orígenes, las trayectorias y las apuestas de las organizaciones son distintas. La OFP nace en la década del 70, como proyecto de un sector de la iglesia católica muy influido por la teología de la liberación, en una ciudad como Barrancabermeja con un ambiente cultural de resistencia y confrontación muy fuerte. La mayoría de mujeres son de origen popular. Quienes hoy están en cargos directivos han hecho carrera dentro de la organización.

Yolanda Becerra, Presidenta de la OFP “Nosotras encontramos varios elementos [divergentes]: nosotras somos una organización popular, de base, creemos en las cosas pequeñas y en el que hay que hacer. Nosotras no creemos que haya que construir un aparato en este país, ya hay muchos. Nosotras creemos que hay que construir un proceso, pero también creemos que los procesos no los pueden construir unas representantes desde una capital, que los procesos se tienen que construir desde las regiones, de abajo hacia arriba. (...) Allá en la región, en la ciudad, en el barrio y hay que hacerlo todos los días además. No es una visita, no es un encuentro, no es un evento. Hay que hacerlo todos los días en la vida cotidiana. Creemos que el movimiento tiene que tener una postura en contra de la guerra en la práctica, ser coherentes con la teoría de la práctica. Creemos que el movimiento tiene que ser una construcción colectiva y no sólo con las mujeres. Es desde las mujeres pero con otros. El movimiento tiene que tener una postura contundente clara, radical frente a los actores armados ilegales, pero tiene que tener claro que la responsabilidad de la guerra en este país es del Estado.

A mí no me gustaría evaluar las otras organizaciones porque uno no conoce los procesos y esos procesos hay que respetarlos, uno conoce lo externo, lo que ellas llaman las agendas. Nosotras con la Ruta –antes de la alianza que hubo entre las 5 organizaciones- teníamos una alianza bilateral entre la Ruta y la OFP.(...) En la última Ruta que se hizo hacia Putumayo si se dieron unas diferencias grandes y tenemos muchos interrogantes porque no veíamos la coherencia de estar en contra de la guerra y lo que se hizo. Porque era una zona totalmente militarizada, controlada por actores armados y no se logró romper ni por un minuto esa realidad, sino que al contrario, nos sumergió esa realidad y fuimos parte de esa realidad. Un evento de mujeres en contra de la guerra en unos escenarios totalmente militarizados. No le vimos sentido, veíamos que no habíamos sido coherentes porque por lo menos hubiéramos roto la dinámica mientras estuvimos en ese sitio. (...) Conocimos además la carta de permiso que dio Carlos FrancoX que nos parecía terrible. La conocimos después del evento. Desafortunadamente ese encuentro coincidió con un evento que nosotras teníamos aquí en la región y nuestra participación fue limitada y fueron mujeres de base. No fuimos las coordinadoras, mas sin embargo las mujeres de base que tienen muy clara nuestra postura llegaron muy preocupadas por lo que se había dado, pero no tuvieron la capacidad de tener una postura en el evento. Eso nos dejó muchos vacíos. Sentíamos o que hay un desgaste o que hay un desvío de principios u objetivos, o hay un debilitamiento, faltó fortaleza o claridad. No sabemos que pasó” (Entrevista 2004).

Una mujer de la Ruta aclara: “Con la OFP no se presentan dificultades con la Marcha [hacia Putumayo] como tal. La OFP se separa del movimiento de mujeres contra la guerra antes de esa Marcha. Ellas no participaron como OFP. Es posible que algunas mujeres hayan estado acompañando el proceso, pero como OFP no. Estuvo la Mesa, IMP y La Ruta”. (Ana Milena Gonzáles, entrevista 2004)

Las otras 3 iniciativas datan de la década del noventa. La Red a partir del proceso de la Constituyente del año 91, ha promovido procesos de nueva legislación que impliquen igualdad de oportunidades para las mujeres, por ejemplo la llamada “ley de cuotas” aprobada el año pasado.

La Red fue la primera organización de mujeres de carácter nacional: “Como Red le apostamos por un lado a hacer incidencia en política y cuando digo política es en el parlamento, pero también a la construcción de política pública, pero también le apostamos al proceso de paz. Recientemente se hicieron unos ejercicios, uno el proceso de consultivas. Porque en el 2002 se hizo el Congreso de Paz y País. Nosotras creíamos que desde las mujeres era necesario llevar una propuesta pero que fuera una propuesta construida desde las regiones. Se hicieron unos talleres en las regiones. Que se reunieran Popayán y Cali; en Medellín con las regiones del Oriente Antioqueño. Pero a la vez se hizo una Consultiva Nacional de Mujeres. Se hizo una audiencia de mujeres, cuando se estaba en el proceso de paz con las FARC. Fue un ejercicio que se demoró tres meses, con ese ejercicio se armó una ponencia central y luego se hicieron otras ponencias. Pensamos como Red que es importante reconocer la resolución 1325 de la ONU donde se plantean entre otras cosas la participación real y efectiva de las mujeres en los procesos de construcción de paz, en los procesos de negociación, cosa que ha sido muy difícil con el gobierno nacional” (Sofía Díaz, Entrevista, 2004)

IMP está influenciada por el sindicalismo. Esta actúa en instancias de la política representativa como los concejos y mueve su Agenda Básica de las Mujeres -resultado del proceso de la Constituyente Emancipatoria de Mujeres- en planes de desarrollo y otros espacios locales y regionales, en procesos mucho más urbanos, si bien están ampliando su trabajo e nivel nacional.

Luz Marina Toro de IMP Antioquia aclara las diferencias surgidas del impacto del sindicalismo en la organización: “Las mujeres que venimos del contexto sindical tenemos un accionar muy

diferente del de las otros procesos de mujeres. Porque nosotras estamos todo el tiempo en un espacio mixto y estamos trabajando con una estructura muy patriarcal y muy radical y así sean muy de izquierda son tan tradicionales como el santo padre de Roma. (...) Entonces, cuando salimos al espacio IMP claro... yo siento que a veces yo choco con las dinámicas que traen otras mujeres, no desde la opinión, sino desde las actitudes. Entonces yo creo que ha sido un aprendizaje, porque aunque muchas de esas mujeres se muevan en espacios mixtos han ido ganando en otras formas de negociar, porque es que no están negociando con el patrón, sino en procesos más democráticos, son otras dinámicas.

En los procesos de negociación a veces es más fácil para nosotras que para las que vienen de espacios de sólo mujeres porque nosotras logramos interlocutar más desde lo mixto. A veces ellas se ponen más radicales -y no es que yo desprecie esta postura- pero es que bueno, le vamos dando una entrada por algún lado. Porque tampoco es bueno ponerse tan radical porque se cierra el espacio de una vez. Nosotras nos hemos codeado en negociaciones con el Estado y con los empresarios, pero las mujeres de otras experiencias se mueven y se codean en otros espacios de negociación. Pero yo si pienso que esto puede ser una ventaja en negociaciones a nivel externo, pero también se vuelve una desventaja a nivel interno, para nosotras en las organizaciones sindicales, porque por ejemplo, yo soy señalada en el ejecutivo de la CUT como que apruebo todo lo que el Estado dice y no es eso. Yo si soy una convencida de que los movimientos tienen que sentarse a aprovechar los espacios que ganan y el movimiento sindical dice “como es Estado, yo no voy”. Pero yo si voy, porque estoy en el movimiento social de mujeres, entonces eso me genera muchos señalamientos” (Entrevista 2004).

Para la Ruta “La movilización es central. En el encuentro nacional de la Ruta de agosto de este año, hubo un debate fuerte sobre lo que han implicado las movilizaciones para nosotras. Y las reacciones de las mujeres que estábamos participando mostraban como la movilización es un eje central. La Ruta sin movilización deja de ser lo que hemos sido. Lo único que hacemos no son las movilizaciones, pero las movilizaciones son un elemento identitario muy fuerte. El denominarnos Ruta tiene que ver con eso, el ir de un lugar a otro, movernos de un lugar a otro, fundamentalmente en acciones de solidaridad y de sororidad con mujeres víctimas del conflicto. (...) Desde hace dos años las movilizaciones de la Ruta se han hecho con otras organizaciones, dentro del marco de un espacio más amplio que es el Movimiento de Mujeres en Contra de la Guerra, pero siempre en la idea de movilizarnos. Esa es nuestra acción social. Es una movilización pacífica, en silencio, es de negro, porque además hacemos parte del movimiento de Mujeres de Negro, es una movilización con muchos componentes simbólicos, con los que intentamos que se puedan abrir corredores humanitarios por los sitios por donde vamos y que la población de los sitios por donde vamos tengan un mensaje claro de la apuesta de las mujeres en contra de la guerra” (Ana Milena Gonzáles, entrevista 2004).

Tenemos un panorama amplio y diverso de las organizaciones de mujeres en Colombia, con distintos enfoques y preocupaciones, diferentes estilos de trabajo y apuestas políticas. A pesar de esto, algunas de las integrantes de las organizaciones plantean la unidad de “el movimiento”.

¿La unidad como utopía colectiva?

Articularnos como movimiento nacional, es muy difícil, es una utopía. (entrevista 2004)

Yolanda Becerra, de la OFP: “Vamos a ver, yo creo que en el camino nos tenemos que encontrar de nuevo. Creo que de pronto ese pare nos puede servir para crecer. (...) Pienso que ese proceso de alianza o de unidad tiene que hacerse. No creo que nosotras nos debamos sentir presionadas o que nos tengan que exigir a nosotras lo que otros no han sido capaces de hacer¹³. En el país deberíamos estar todos unidos, no sólo las mujeres, y no hemos sido capaces y a nosotras si nos quieren exigir. A mí no me afana eso. Debe responder a una dinámica y a un proceso. Cuánto

quisiéramos que fuera posible porque eso mostraría más coherencia política, nos permitiría ser mucho más fuertes, un aporte más contundente en el país. Pero hay que respetar los procesos y si eso es lo que hay, eso es lo que tenemos” (Entrevista 2004).

Luz Marina Toro, de IMP: “Yo creo que sí, claro, todo el movimiento de mujeres en uno sólo. Convertirnos en una fuerza colectiva y política que incida en las estructuras del país, es decir, yo sí sueño con un gran movimiento de mujeres que tenga una mayoría de mujeres en el Congreso, legislando a favor de las mujeres, o por lo menos haciendo alianzas serias como lo hacen los partidos tradicionales (...) Yo pienso que es posible. De pronto en 10 años, ojalá yo lo vea” (Entrevista 2004).

Ana Milena Gonzáles, de la Ruta: “Es importante que encontremos los puntos de encuentro y de articulación, no necesariamente para actuar como *un* solo movimiento, porque no tenemos por qué. Pero si es necesario hacer una reflexión más clara de cuáles son las apuestas de las diferentes expresiones del movimiento de mujeres para que establezcamos realmente en que confluyamos y en qué no. Digamos que los consensos y los disensos sean suficientemente claros. Que actuemos sobre la base de unos principios éticos que nos permitan hacer acciones articuladas y no acciones que nos generen mayores tensiones y que fuera de eso muestren un escenario de ruptura que a veces ni siquiera ha sido una ruptura suficientemente debatida o discutida. (...) Yo creo que el rollo de insistir en la negociación política de los conflictos también tiene que ser una práctica por la que pasemos nosotras. Resolvamos las cosas, pongámonos de acuerdo, miremos definitivamente en qué nos ponemos de acuerdo. No tenemos que ir por el mismo carrilito, pero si pongámonos de acuerdo”. (Entrevista 2004).

La posibilidad de conformar *un* movimiento social no es un anhelo unificado al interior del campo de las organizaciones de mujeres más fuertes del país, exploradas en esta investigación. Todos los sectores, sin embargo, reconocen que la unidad sería el camino para ganar fuerza política y convertirse en un grupo de presión, así fuese en temas determinados o en momentos coyunturales.

Pero hay puntos críticos: el más delicado es el manejo del poder y los protagonismos, que llevan a atomizar la fuerza y a generar roces que no sólo impiden nuevas articulaciones, sino que generan divisiones silenciosas que no permiten salidas dialogadas. Por otro lado, está presente el dilema de la igualdad o la diferencia, que se manifiesta de formas múltiples: lograr conformar “el movimiento social de mujeres” o mantener la autonomía de cada organización; Aceptar las posiciones divergentes o enfocarse sólo en los puntos comunes.

El proceso de aprendizaje de género por el que pasan las mujeres de las diferentes organizaciones es prácticamente el mismo. Este proceso está en el terreno de los cambios políticos, en la esfera personal. Pero las dificultades de confluencia se ubican en la esfera pública de lo político. Con esto me refiero a lo que ocurre en los espacios en los que los intereses de las organizaciones buscan diferenciarse unos de otros y marcar las divergencias como organización. Lo paradójico es que estas diferencias se hacen concretas en sus líderes, en las trayectorias políticas y personales que ellas encarnan, sus lugares de origen, su forma de sentir y ejercer como ciudadanas, las diferentes luchas que han tenido que dar para conformar la organización. De esto resulta el supuesto que hay organizaciones más “consecuentes” o más “democráticas” o con “mayor incidencia en el Estado”. Todos estos adjetivos son valorados positiva o negativamente dependiendo de quien los encarna. Pero más allá -y a pesar- de esto todas las líderes de las organizaciones reconocen que son espacios de lucha distintos y que el momento crítico por el que pasa el país debe ser suficientemente fuerte para permitir su unidad a pesar de las diferencias.

Concluyo con el análisis de Socorro Ramírez: “Estas mismas dificultades son compartidas por otros movimientos sociales existentes en el país y algo tienen que ver con la cultura política

colombiana, muy marcada por la violencia, la ausencia de diálogo y la incapacidad para concertar y actuar en común” (2004, 10). Las organizaciones de mujeres no escapan a los efectos perversos generados por la cultura política a la que se oponen, pero en la que han sido socializadas. Romper con esas estructuras mentales es uno de los mayores retos políticos.

Notas

- (*) Socióloga, Universidad Nacional de Colombia. Dirección electrónica: alejafierro@yahoo.com.
- 1 Ver para Latinoamérica: Evelina Dagnino, Sonia Álvarez y Arturo Escobar 2001 “Lo cultural y lo político en los movimientos sociales latinoamericanos” en Escobar “et.al” y Sonia Álvarez “los feminismos latinoamericanos se “globalizan”: tendencias de los 90 y retos para el nuevo milenio” ambos en *Política cultural y cultura política*” (Bogotá, Taurus, ICANH). Para Colombia, Yusmidia Solano “*Entramado actual del movimiento de mujeres en Colombia*”, documento de trabajo. Red Nacional de Mujeres, Archivo electrónico.
 2. Hay muchos análisis sobre el conflicto armado y sus agentes en Colombia. Ver estudios como el de Daniel Pecaut, 2001 “*Guerra contra la sociedad*” (Bogotá, Espasa), Gonzalo Sánchez, 2003 “*Guerras, memorias e historia*” (Bogotá, ICANH), Eduardo Pizarro y Jorge Orlando Melo, 2004, “*Balances y perspectivas del conflicto armado en Colombia*” (Bogotá, Grupo editorial Norma), Carlos Miguel Ortiz, comp. 2004, “*Guerra en Colombia: actores armados*”, (Bogotá, Fica, Universidad Nacional de Colombia), William Ramírez, Christian Gros, Alejandro Reyes, 2004, “*Guerra en Colombia, democracia y conflicto agrario*” (Bogotá, IEPRI, Universidad Nacional de Colombia y Fundación para la investigación y la cultura” Específicamente sobre el paramilitarismo están “*Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia: origen, desarrollo y consolidación*”, de Carlos Medina 1990, (Bogotá, Editorial Documentos periodísticos); Fernando Cubides 1997 “*los paramilitares y su estrategia*” (Bogotá, Universidad de los Andes); sobre las guerrillas “*An historical review and analysis of Colombia guerrilla movements*” 2003 (Bogotá Universidad de los Andes, CEDE)
 3. Sobre procesos de paz ver León Valencia 2002 “*adiós a la política, bienvenida la guerra: secretos de un malogrado proceso de paz*” (Bogotá, Intermedio Editores) y Socorro Ramírez “*intervención en conflictos internos: el caso colombiano*”
 4. Ver Daniel Pecaut “*midiendo fuerzas: balance del primer año de gobierno de Álvaro Uribe Vélez.*”
 5. La dinámica del desplazamiento forzoso sigue este esquema: amenaza, masacre y desplazamiento.
 6. El asesinato de la mayoría de los líderes y muchos de los simpatizantes de la Unión Patriótica es un ejemplo de esta política. Para este caso ver el trabajo de Yezid Campos. “*El baile rojo: la memoria de los silenciados*”. El trabajo de William Ramírez: “*Estado, violencia y democracia: ensayos*” también es pertinente.
 7. Decidí excluir la Mesa Nacional de Concertación porque en el momento de realizar este estudio estaba en “revisión interna” debido a que muchas de las organizaciones que la componían estaban en IMP.
 - 8 CAP: Comandos Armados del Pueblo.
 - 9 Hacer “ochas y panochas” es una expresión vulgar que significa hacer hasta lo inimaginable.
 - 10 Esperanza Amaríz era una activista de la OFP asesinada el 16 de octubre de 2003 por los paramilitares.
 - 11 En el año 2002 IMP convocó la Constituyente Emancipatoria de Mujeres en la que participaron 300 mujeres provenientes de todo el país. Su objetivo fundamental fue la construcción de una agenda social y política de las mujeres, concebida como “una carta de navegación” que logre “unir el movimiento alrededor de consignas básicas, el reconocimiento y posicionamiento de un sector o movimiento en el escenario público, la formulación de políticas públicas o la inclusión de demandas en procesos constituyentes de reformas estructurales” (Solano Y, 2002).
 - 12 Esta forma de inserción laboral ofrecida por el Estado también se presenta en el Putumayo.
 - 13 Se refiere a la izquierda colombiana, históricamente fragmentada

Bibliografía

Alonso, Manuel, 1997 “*Conflicto armado y configuración regional, el caso del Magdalena Medio*” (Medellín:Editorial Universidad de Antioquia)

Asamblea permanente de la sociedad civil por la paz Antioquia 2004 “*Las huellas de la guerra*”, Medellín.

Informe ONU 24 febrero de 2003, documento en medio magnético.

Meertens, Donny 2002 “*Encrucijadas urbanas, población desplazada en Bogotá y Soacha: una mirada diferenciada por género, edad y etnia*” (Bogotá: Informe de Consultoría para la oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas por los Refugiados, ACNUR)

Panorama Actual de Barrancabermeja 2001 (Bogotá, Vicepresidencia de la República. Programa presidencial de Derechos Humanos)

Ramírez, María Clemencia, 2001 *“Entre el estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de campesinos coccaleros del Putumayo”* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia – ICANH-, Conciencias)

Ramírez, Socorro *“Y el movimiento de mujeres ¿por qué no puede desatar sus propios nudos?”*(Ponencia presentada en el conversatorio sobre los 25 años de la Corporación Vamos Mujer, Julio de 2004. Formato Electrónico)

Revista Noche y Niebla, separata No 2 2003.(Bogotá, Banco de Datos y Cinep y Justicia y Paz)

Revista mujer y conflicto armado 2003.

Ramos, Leandro 2002 *“Formas de violencia urbano popular. Monografías barriales: Bogotá, Medellín y Cali”* Universidad Nacional de Colombia. Monografía de grado.

Salazar, Alonso, 2002 *“mujeres de fuego”* (Bogotá: Planeta editores)

Solano, Yusmidia 2002 en *“El proceso de construcción de agenda social y política de las mujeres”* (Bogotá, Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz)

Vieco, Juan José, 1995 *“El proceso de colonización en Colombia durante el último decenio”* (Santafé de Bogotá, Conferencia Episcopal de Colombia)